

PRIMERA HISTORIA EN LA SERIE

*Un*  
ESCAPE  
*CASI*  
PERFECTO

PAMELA PALMA

PRIMERA HISTORIA EN LA SERIE

*Un*  
ESCAPE  
*CASI*  
PERFECTO

PAMELA PALMA



# Un escape casi perfecto

## **UN ESCAPE CASI PERFECTO**

La siguiente historia pertenece absolutamente a la ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella son o bien producto de mi imaginación; o bien usados con fines ficticios.

Cualquier parecido con hechos, lugares y personas reales, vivas o muertas, es una posible coincidencia.

**Título original:** *Un escape casi perfecto*

Copyright © 2015. Pamela Palma

La reproducción, publicación, copia y/o adaptación de todo tipo de los personajes, hechos e historia de la siguiente obra están totalmente prohibidas.

Obra registrada bajo Safe Creative y Copyright.

## Contenido

Sinopsis	7
Prólogo	8
Capítulo uno	12
Capítulo dos	20
Capítulo tres	33
Capítulo cuatro	39
Capítulo cinco	
44	

Capítulo seis	47
Capítulo siete	50
Capítulo ocho	54
Capítulo nueve	58
Capítulo diez	62
Capítulo once	67
Capítulo doce	70
Capítulo trece	75
Capítulo catorce	82
Capítulo quince	85
Recuerdos (Luke Sanders)	92
Recuerdos (Michael Dikoudis)	96
Recuerdos (Hannah Monroe)	100
Epílogo	103
La novia de Texas	113

# Sinopsis

¡Oh no! ¡Hannah Monroe lo había hecho!

Se había atrevido a hacerlo a pesar de las advertencias de todos.

Si bien era una muchacha independiente y no estaba enamorada ¿Qué hacía vestida de blanco a punto de desposar a un apuesto griego? La respuesta era simple y no necesitaba lógica; su hermano estaba acusado de fraude y sólo Michael Dikoudis podía ayudarlo, pero ahora que la bella novia lo había abandonado ¿Qué es lo que sucedería con su hermano? Y lo peor ¿Qué sucedería con Hannah, ahora que corría el rumor que había huido con el jardinero el día de su boda?

¡Vaya que era una novia fugitiva en problemas! Porque su orgulloso prometido no podía perdonar la traición, él pensaba encontrarla así tuviera que ir hasta el fin del mundo para hacerle pagar por la humillación.

Zeus estaba molesto y nada, ni nadie escaparía de su ira, con el tiempo la

ingenua Hannah se dará cuenta que su intento fue un escape casi perfecto.

## Prólogo

### **Fines de 1400**

No era la primera vez que una novia dejaba al novio en el altar antes de decir:

*“Sí, acepto.”*

Tal vez ya había ocurrido ¿Antes? ¡Quién sabe! Pero era seguro que Hannah Monroe no había sido la única, ni la primera en hacerlo.

Se dice que la historia de la primera novia que abandonó a su novio toma lugar en la época medieval, donde una bella muchacha de una familia noble había sido obligada a contraer matrimonio con el fin de unir el reino de su familia con el de su prometido. La joven no estaba enamorada de él, sino del hermano de este, pero no podía hacer nada al respecto, puesto que sus padres ya habían arreglado el matrimonio con el hermano mayor y heredero del trono, el cual no se trataba de su amado.

Cuando el día de la boda llegó, ella estaba vestida de blanco, se sentía resignada a cumplir con su obligación, todo lo contrario a su amado, quien no estaba dispuesto a dejarla ir y menos con su hermano. En un acto de valentía,

el joven llegó a la ceremonia montado a caballo, la joven al verlo fue tras él, dejando a su futuro marido atrás. Ambos habían huido y tenían el sueño de vivir su amor lejos de todos y del lugar donde se encontraban, pero desafortunadamente ese sueño no se cumplió, ya que su hermano había ordenado que los capturaran y los llevaran a él.

¿Pero con qué fin?

Como todo caballero al que le habían robado, merecía justicia y esa era la muerte del ladrón.

Su hermano menor moriría, pero ¿Qué ocurriría con la mujer que lo había traicionado?

Ella también moriría por haberlo hecho, unos días después que los encontraron, los dos jóvenes enamorados fueron ejecutados y fue así como la vida de ambos terminaron.

De regreso al presente ¿Qué demonios le ocurriría a Hannah? Si ella también había dejado a su prometido en el altar ¿También la matarían como aquella joven de la leyenda? — No, eso no podía ser posible — Todo aquello era tan medieval.

La ingenua Hannah Monroe creyó que Michael se comería su orgullo y todo quedaría allí, pero realmente estaba equivocada, Michael tenía otra cosa en mente y no necesariamente algo bueno para ella y su amante.

Un escape casi perfecto

Me gustan las historias de fantasía con un poco de drama y romance en ellas. Sin embargo, no siempre lo que se me ocurre y escribo es parte de la ficción.

Es cuestión de tiempo para que lo descubran.

## Capítulo uno

2015

**Sábado 4 de la tarde,  
día de la boda.**

Hannah no dejaba de caminar en círculos dentro de la habitación, se preguntaba por qué había aceptado casarse si no lo deseaba. Un destello le dio la respuesta: Su familia tenía muchas deudas, debido a la irresponsabilidad de su hermano mayor y a la sobreprotección de su padre hacia él.

Terrance Monroe siempre había sido el mejor hijo para sus padres, desde que nació siempre lo mimaron al extremo que nunca lo reprendieron cuando acabó con el buen nombre de la familia y con todo el dinero de esta. Si él había terminado una carrera, era gracias a la presión de su abuelo materno que siempre lo amenazaba con que no le heredaría nada si no iba a la universidad ¿Pero qué había conseguido con estudiar 4 años en la universidad? — Nada, simplemente nada — Después de terminar la universidad, se dedicó a gastar todo el dinero que tenía hasta acabar con todo, incluso con el dinero que el abuelo de ambos le había dejado a Hannah. Sin dinero, con deudas por pagar y un supuesto fraude que él había cometido en la empresa de Michael Dikoudis, el prometido de Hannah, ella se vio forzada a aceptar el trato que su padre hizo con él "Convertirse en la Señora Dikoudis" sólo así le perdonaría el fraude y pagaría sus deudas. Estaba más que claro que su propio padre la había vendido por dinero.

— ¿Cómo salir de aquí sin que me noten? — susurró Hannah. Ella estaba intranquila y tenía muchas razones para estarlo —. Podría ocultarme en el cuarto de servicio y después salir por la parte trasera de la casa, ¿no lo crees? — Se dirigió a Whitney, su mejor amiga.

Esta la miró y creyó que se trataba era broma.

— Debes estar muy nerviosa para querer huir, es natural. He escuchado que muchas novias tienen una crisis nerviosa el mismo día

de su boda, pero tranquila que ya se te pasará. — intentó tranquilizarla, pero nada en realidad funcionaría en Hannah.

— ¿Y has escuchado de las que huyen y dejan al novio el mismo día de la boda? — mencionó Hannah.

— ¿Por qué lo dices, Hannah? — cuestionó la amiga, quien estaba muy extrañada por el comentario y comportamiento de Hannah — ¿Has pensado en hacerlo? — le preguntó alarmada por el comentario que había hecho.

— Whitney, por supuesto que...

— Hannah cariño, dentro de diez minutos tienes que bajar. Todos los invitados están en el jardín esperando por ti. — dijo su madre —. Whitney, dejemos a la novia sola, así evitaremos que se ponga más nerviosa. — comentó sonriente.

— Claro. — respondió Whitney.

— No lo olvides, Hannah, en diez minutos. — salió la madre de la habitación, sin dejar de mencionar antes lo hermosa que estaba su hija.

« Diez minutos, sólo diez minutos para huir » Pensó Hannah.

Si ella quería salir de esta situación debía actuar rápido, porque después lo lamentaría mucho y sería muy tarde.

Hannah bajó a la primera planta de la casa y en el vestíbulo estaba su padre que la esperaba y como es de costumbre en casi todas las bodas, él la tomó del brazo y la llevó hasta el altar que se encontraba en el jardín de su casa, donde Michael había estado esperando a la hermosa novia.

El día, la hora y la boda habían llegado, pero parecía que Hannah tenía otros planes en mente y los cuales no incluían a Michael, ni a nadie de su familia, después de todo, ellos siempre habían pensado en ellos mismos antes que en ella, así que no tendría nada de malo que ella hiciera lo propio.

Pensar sólo en ella misma por una sola vez.

No estaba siendo egoísta, ya que se trataba de su vida. Además, no pensaba condenarse a años de infelicidad tan sólo por el bienestar de Terrance y la avaricia de sus padres.

— El día de hoy estamos aquí, para celebrar el día más importante de la vida de estos dos jóvenes: Michael y Hannah, quienes unirán sus vidas en sagrado matrimonio. — empezó a recitar el sacerdote.

Michael no dejaba de ver a Hannah, por un momento sus miradas se cruzaron, él le regaló una sonrisa amplia acompañada de un susurro que en realidad era un "Al fin te convertirás en mi esposa", el cual hizo que ella dejara de debatir con su mente y saliera huyendo del lugar gritando que no podía casarse con él.

— ¡Hannah, hija! — gritó su padre intentando detenerla.

Pero ella no se detuvo, sin embargo cuando estuvo a punto de salir por la puerta de entrada le dijo:

— Lo siento, papá. — dijo Hannah y salió del lugar con desesperación.

Cuando ella salió del lugar, intentó encontrar una manera de escapar de allí cuanto antes, ya que si Michael la encontraba, ni el cielo se apiadaría de su alma. De pronto vio a Luke y no dudó en pedirle que la ayudara.

— ¿Hannah? — se sorprendió al verla.

Ella estaba agitada y desesperada, se veía perdida, pero no preguntó nada hasta que se dio cuenta de todo lo que sucedía.

— ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en la ceremonia como todos?  
— Era de suponerse, ya que ella era la novia.

— ¡Luke, ayúdame, necesito salir de aquí! — le pidió desesperada—. Acabo de dejar a Michael y si él se llega enterar que todavía sigo aquí, te juro que me matará. ¡Ayúdame, por favor!

Luke veía a una asustada y muy frágil muchacha, veía en ella a la misma Hannah asustada de cuando ambos eran pequeños jugaban en el bosque. Él

no podía desampararla, no dejaría que nadie le haga daño a pesar que eso significara perder su trabajo o incluso que Michael lo matara a él.

— Está bien, yo me encargaré de sacarte de aquí. Sólo dime qué es lo que tengo que hacer. — Una pequeña sonrisa salió de los labios de Hannah al escuchar a Luke y se lanzó a sus brazos —. Estás loca y sólo espero que esto no te cause problemas.

— Ya los tengo, Luke y tendré muchos más cuando logre huir.

Hannah había depositado toda su confianza en Luke. Antes que él la ayudara a salir del lugar, le encargó que cuide a su padre, puesto que él no estaba bien de salud. Además, le pidió que cuando regresara a la ciudad, le pidiera a Stella, la hermana de Luke, sacar un poco de ropa de su habitación.

Tres días después de la huida, un lunes, se podría decir que Hannah estaba casi fuera de peligro y aunque no había salido fuera del país, estaba segura y protegida. Michael no podría encontrarla en casa de la hermana de Luke ¿Cómo podría encontrarla en Lakewood? En un pueblito insignificante como creía Michael que era cada vez que ella le hablaba de Ohio.

Lakewood era una ciudad encantadora y a pesar que la casa de Stella estaba fuera de la ciudad, no perdía el encanto. Si bien Hannah se sentía segura, ella no podía permanecer mucho más tiempo allí, tenía que irse en menos de dos días y desaparecer por algún tiempo.

— ¡Luke! — se alegró la novia fugitiva al verlo —. No pensé que llegarías tan pronto.

— Tengo muy malas noticias, Hannah. — dijo apenado —. No puedes permanecer más tiempo aquí, si es que aún deseas ser libre. Todos creen que has abandonado a Michael por otro hombre, él está furioso y quiere dar contigo para...

— ¿Matarme? — culminó Hannah lo que él había intentado informarle —. Lo sé, pero ahora no sólo quiere matarme a mí, sino a ti también.

— ¿A mí? — replicó Luke —. ¿Quién te dijo eso?

— Whitney. — respondió —. ¿No pensaste que me iría sin ningún medio de comunicación? Traje mi celular conmigo y Whitney me dijo todo lo que está sucediendo.

— Pero cuando fui a tu casa para buscar tus pertenencias, nadie me dijo nada. — intentó explicarle a Hannah.

— Es porque alguien le dijo a Michael que nos vio el día de la boda juntos y él no tardó en sacar falsas conclusiones, las cuales no serían de mi importancia, si es que no te perjudicaran, Luke.

— Y Stella...

— Ella sabe cómo es Michael y sé que no dirá nada. No mencionará el hecho que fuiste a casa a buscar mis pertenencias, tranquilo. Lo único que me preocupa es meterte en un problema serio, Michael Dikoudis es un hombre muy vengativo. — Esto último alarmó al muchacho.

— Tengo que encontrar la manera de sacarte de aquí ahora mismo.

— ¿Trajiste la maleta contigo, Luke? — preguntó la muchacha.

— Sí, — asintió —, está en la sala.

— Perfecto. — sonrió ella.

Hannah estaba más que feliz, Luke había sido siempre tan eficiente, pero nunca pensó que fuera tan bueno y especialmente a la hora de empacar ropa de mujer.

— Gracias, Luke, no tengo cómo agradecerte.

— Sabes que no tienes qué hacerlo, después de todo somos amigos, Hannah. — dijo el apuesto muchacho, sus ojos azules brillaban en la oscuridad —. Ve a cambiarte con algo más cómodo, tenemos que partir.

— De acuerdo, bajo enseguida.

Hannah subió rápidamente por las escaleras para cambiarse, ató su cabello en

un moño alto y decidió que en esta ocasión lo mejor era usar ropa deportiva y unas zapatillas cómodas.

Un par de horas después de haberse despedido de la hermana de Luke, Hannah se encontraba en un aeropuerto cercano del estado de Ohio. Hannah no quería despedirse de Luke, ni él de ella, ambos se tenían mucho cariño, ya que se conocían desde pequeños y estaban a punto de separarse una vez más.

La primera vez había sido cuando Hannah fue a Londres a un internado y quién iba a imaginar que la segunda sería cuando ella intentaba escapar de su prometido, pero lo que era seguro es que ambos se volverían a ver, quizás muy pronto o quizás más adelante.

— Antes de que te vayas, quiero darte algo. — le dijo Luke.

— ¿A mí?

— Así es. — respondió y le entregó un sobre sellado.

Cuando Hannah vio el contenido del sobre, no lo podía creer, Luke siempre tan sobreprotector con ella, siempre tan cariñoso y bueno, y era el único que no le había pedido nada a cambio ¿Y qué es lo que hacía ella? Meterlo en problemas, sólo eso.

— ¡Luke! — exclamó —, No puedo aceptarlo, es mucho dinero.

— Hannah, vamos, es necesario que lo aceptes, lo necesitarás si es que quieres salir de aquí.

— No, no puedo. — se volvió a negar —. No te había dicho nada al respecto, pero dentro de mis pertenencias que te pedí, trajiste un tesoro.

— ¿Un tesoro? — Luke no entendía nada.

— Accidentalmente o quizás creíste que necesitaría esto. — Hannah señaló un pequeño cofre que había sacado del bolso que llevaba con ella.

— ¿Qué de especial tiene ese cofre? — preguntó aún sin entender.

— Aquí tengo dinero.

— Pero si ese cofre es tan pequeño para llenarlo con dinero, Hannah.

— Así es, pero no es tan pequeño para una tarjeta de banco, — contestó —, era la única forma de que mi hermano no me deje sin un quinto. Sé que no es lo que me dejó mi abuelo, pero es una buena cantidad para empezar de nuevo, afortunadamente fue lo único que pude salvar de Terrance.

— Hannah. — dijo él meneando la cabeza. Le parecía muy inteligente de su parte haberlo hecho.

— Entonces no necesitarás dinero.

— No y lo bueno es que así podrás comprarte el auto que tanto quieres. Cuando regrese espero que me recojas en él antes que a cualquier otra chica, tienes que prometerlo, Sanders. — le guiñó un ojo.

— Claro. — le dijo con una sonrisa.

Ambos cruzaron miradas por última vez, ya que una voz anunciaba que Hannah tenía que partir. El vuelo 349 estaba por salir y ella no podía perderlo.

— Hannah, tengo algo que decirte algo muy importante...

— Luke, ya es hora que me vaya, pero estaré en contacto contigo y apenas llegue, te llamaré. — lo abrazó muy fuerte y desapareció entre la gente.

# Capítulo dos

**Ciudad de Madrid,  
España.**

Hannah había escapado de Michael, pero sus problemas no habían terminado ahí. Ella había llegado a España y se había instalado en un hotel mientras buscaba un apartamento pequeño donde pudiera vivir hasta que resolviera los problemas que tenía, los mismos que Hannah ya no quería tener.

— ¿Y cuál es el precio de la pieza por mes? — preguntó Hannah — ajá, perfecto... ¿Cree que pueda tener una cita con usted para firmar el contrato del arrendamiento?... ¿Cuándo?... Bien, estaré allí, buenas tardes. — culminó la llamada con un perfecto acento español.

Hasta el momento todo iba bien para ella; había encontrado un lugar donde vivir, ahora sólo le faltaba encontrar un empleo. No pensaba derrochar el dinero que había logrado rescatar de las garras de su hermano, pues pensaba invertirlo en un negocio o en algo con lo cual pudiera obtener ganancias.

Hannah tendría un día muy ajetreado, si firmaba el contrato por el inmueble que pensaba rentar, tendría que buscar muebles para amueblarlo y acondicionarlo. Ella sólo esperaba que el apartamento estuviese en óptimas condiciones, con tan sólo el pensamiento que tenía mucho por hacer, se desplomó sobre la cama del hotel e intentó cerrar los ojos y respirar profundamente. Estaba a punto de quedarse dormida cuando de pronto llamaron a la puerta de su habitación.

— ¿Sí? — contestó Hannah tras la puerta.

— Disculpe, pero debo realizar la limpieza de la habitación. — respondió la encargada.

— ¡Oh, claro! — dijo Hannah abriendo la puerta inmediatamente —.

Pase. — le indicó.

— No se preocupe, debo haberla asustado. — comentó.

« Mucho, no sabe cuánto, pensé que habían venido por mí. » Aquel pensamiento apareció por la mente de Hannah, haciendo que ella sintiera temor, el mismo que se esfumó y provocó que ella riera por haber sido tan paranoica.

— No, para nada, — negó Hannah —, yo estaba de salida, buenas tardes. — dijo abandonando la habitación.

— Buenas tardes. — se despidió la mujer.

Pasear por la ciudad distraía a la joven, Hannah ya había estado en Madrid antes, hace casi 6 años, cuando había llegado con la intención de buscar una universidad donde estudiar literatura, en ese entonces ella era una muchacha de 18 años y su vida aún no había sido echada a perder.

¡Qué diferente habría sido su vida si su padre no hubiera apoyado tanto a su hermano y su madre hubiera tenido más carácter! Pero ya nada podía hacer, no podía dar marcha atrás en el tiempo. Dos horas después de pasear por las calles Madrileñas, Hannah se encontraba en lo que sería su nuevo hogar. Estaba sentada con el agente inmobiliario firmando el contrato y para su buena fortuna el apartamento estaba en mejor estado de lo que había pensado, tenía poco uso, una buena vista y venía amueblado.

*¡Qué suerte la suya!*

— Bien, felicidades, Señorita Monroe, acaba de rentar la propiedad. — mencionó el agente dejando caer delicadamente la pluma sobre la mesa —. El contrato es por un año y recuerde que después de que ese plazo caduque, si desea, podrá renovarlo.

— Sí, claro. — musitó Hannah.

— Me retiro, creo que usted debe estar ansiosa por ocuparlo cuanto antes, que tenga un buen día. — se despidió mientras iba camino a la puerta del inmueble — ¡Ah lo olvidaba! Estas son las llaves de su nuevo hogar, felicidades una vez más.

— Gracias. — contestó ella y cerró la puerta tras la salida del amable hombre — ¡Al fin un nuevo comienzo! — suspiró y se dejó caer sobre una silla que estaba cerca de ella.

La entusiasmada joven recorrió el lugar que había rentado, en su recorrido descubrió que el apartamento tenía 2 dormitorios pequeños, pero encantadores, la cocina era también pequeña, el baño era grande y estaba perfectamente decorado y por último la sala y comedor eran muy acogedores, no tenía ningún problema con el lugar, y no es que Hannah fuese quisquillosa, ella sólo buscaba un lugar cómodo donde pudiera vivir hasta saber qué es lo que haría con su vida en adelante.

Por la noche, ya Hannah que se sentía libre y dueña de su vida, llegó a su habitación de hotel agotada, pero emocionada con la nueva vida que tendría. Ella tenía que escribirle a Luke para contarle absolutamente todo lo que había vivido en estos días, no podía esperar a hablar con él, ya que él era la única persona que la comprendía y podía apoyarla sin interés alguno. La muchacha le escribiría a su buen amigo, pero tendría que esperar hasta mañana, ya que las fuerzas estaban a punto de abandonarla y su cuerpo empezaba a adormecerse por la falta de sueño.

## **Ciudad de Madrid**

### **4 meses después**

Las cosas marchaban de maravilla, Madrid había acogido a Hannah inmediatamente. En menos de un mes, ella se sintió a gusto con la ciudad e incluso le había ido tan bien que había conseguido trabajo casi cuatro días después de haber rentado el apartamento.

Hannah trabajaba en una editorial como la secretaria del jefe de edición, no era un cargo importante, pero la paga era buena y el trabajo era interesante, hasta le resultaba entretenido. Ella no tenía quejas y trabajaba en lo que más le gustaba.

— Hannah. — la llamó Christian Donovan, su jefe.

— ¿Necesita algo, Señor Donovan? — preguntó ella entrando a su despacho.

— Hannah. — El hombre levantó la mirada de los papeles que revisaba y miró a Hannah firmemente —. ¿En qué quedamos? — le recordó.

— Sí, lo siento mucho. — se disculpó ella —. ¿Qué necesitas, Christian?

— Mucho mejor, Monroe, — musitó —, necesito que te comuniques con Miguel y lo presiones para que venga aquí y me entregue esa historia que llegó a fascinarte, porque es buena, ¿no? — inquirió, asegurándose de que en realidad lo fuera.

— ¡Oh, es muy buena! — exclamó maravillada —. ¿Pero debo yo de convencerlo? — cuestionó y Christian asintió —. Creí que ya habías olvidado ese asunto, — suspiró y continuó: —, sabes que Miguel desistió de publicar la novela que te prometió, ya que él cree que su obra no debería ser publicada, piensa que debe guardarla para él mismo, según él, es su vida.

— Bla, bla, bla. — parloteó Christian —. Sólo son palabras, un típico drama de un hombre de letras, Hannah, lo que él quiere es que le ofrezcamos más dinero por la historia. Nunca creas en el drama de los escritores, suelen decir que su obra es su vida y que no está a la venta, pero al final terminan por cansarse y terminan vendiendo su alma al diablo por dinero y por un poco de reconocimiento. — dijo Christian y Hannah no pudo evitar mirarlo asombrada.

— Personalmente no creo que Miguel Roldán sea ese tipo de hombre, parece muy correcto y no pienso que sea capaz de vender su alma por dinero, simplemente no lo creo, Christian. — se negó a creer Hannah.

— ¡Rayos, Hannah! ¡Te falta mucho por aprender, eres una cría todavía! — mencionó y ella arrugó la nariz.

Ella no era ninguna cría, tenía 24 años y había sido totalmente independiente desde los 16, pues se vio obligada a hacerlo, ya que tenía unos padres que sólo tenían ojos para su hermano mayor, el primogénito de la familia Monroe, la esperanza de la familia, el mismo que también la había hundido y había manchado el apellido.

— Espero que no te hayas molestado por llamarte cría, pero eres muy joven aún, Hannah y te falta experiencia en este mundo.

— Quizás tengas razón, — Hannah no pensaba contradecirlo —, intentaré llamar a Miguel Roldán y trataré de convencerlo que venga a verte.

— ¿Y? — agregó Christian.

— Y haré que te entregue la historia. — finalizó Hannah.

— ¡Perfecte! — exclamó en catalán.

Hannah sabía lo que tenía que hacer, aunque no tenía ganas de hacerlo, pero debía insistir una vez más con el asunto de la obra de Miguel.

Miguel Roldán era un escritor español solitario que pasaba las tardes de su joven vida recluido en su estudio que se encontraba a fueras del centro de Madrid. Él tenía 33 años y había publicado unas cuantas obras, pero bajo el seudónimo de J.R.

Hannah marcó a la casa del joven escritor e intentó hablar con él, pero Miguel se negó a las intenciones de Christian, ella insistió a que cediera a la petición de su jefe, pero el español no era fácil de convencer. Sin embargo, Monroe no podía informarle a Donovan que no pudo con la misión encomendada.

— Señorita Monroe, lo que me pide es imposible, simplemente no puedo hacerlo. — le dijo —. Sería como entregar mi vida entera. — explicó.

Hannah tomó aire y suspiró.

— Señor Roldán, le ruego que considere la oferta, el señor Donovan,

mi jefe, está muy interesado por llegar a un acuerdo con usted, por favor considérelo.

Hannah estaba desesperada por conseguir al menos un "lo pensaré" de Roldán, no quería tener a un Christian Donovan lleno de frustración, después de todo, según los otros empleados de la oficina, él era imposible cuando no conseguía lo que quería. Ella nunca lo había visto de esa manera, ya que siempre había realizado su trabajo con profesionalismo y eficiencia.

Pero la fortuna parecía estar del lado de Hannah una vez más.

— Está bien, señorita Monroe. — dijo Roldán, haciendo que Hannah se sintiera un poco más tranquila.

— Quiere decir que...

— Quiero decir que consideraría llegar a un acuerdo con su jefe, pero sólo si usted viene a platicar conmigo primero, — Roldán no era un hombre fácil de convencer, él tenía sus condiciones —, y después de platicar con usted, podré tomar una decisión al respecto ¿Acepta el trato?

— Por supuesto, señor Roldán. — aceptó Hannah de inmediato.

— Entonces, la espero esta tarde en mi casa, Señorita Monroe, a las 4 en punto. Usted ya conoce la dirección, buenos días. — se despidió antes colgar el teléfono.

— Buenos...días. — se despidió Hannah aunque el hombre había colgado antes de escucharla.

Hannah se dirigió muy apresurada a la oficina de Christian con el fin de informarle del trato que había hecho con Roldán. Cuando ella terminó de explicarle lo que había hablado con él, Christian estuvo unos minutos en silencio sin decir nada. La siempre eficiente secretaria sentía un poco de temor por la reacción de Christian, ya que como se lo habían advertido, él no era nada tolerante cuando no obtenía lo que tanto deseaba.

— Christian, todavía no he hablado con él, quizás después de llegar a un acuerdo, Roldán acceda al trato. — dijo temerosa, pues pensaba

que Christian estaba furioso con ella.

Christian seguía inmóvil, sin decir una palabra, pero de pronto respiró hondo y finalmente habló.

— Si crees que estoy enojado contigo, no lo estoy, — mencionó muy sereno —, sino todo lo contrario, me impresiona que hayas podido tener una conversación amena y hayas logrado llegar a un acuerdo. Quizás no sea uno seguro, pero hemos llegado a algo, estás por lograrlo, Hannah.

Sí bien él estaba impresionado por el pequeño logro que habían obtenido, había algo que le preocupaba aún.

— Ahora que sé que no estás molesto conmigo, creo que terminaré con los pendientes de la oficina y después iré a casa de Roldán para cerrar el trato. — mencionó ingenuamente la muchacha.

— Está bien, Hannah, — comentó —, pero no irás sola. Tengo pensado acompañarte, no permitiré que vayas sola de ninguna manera. — dijo firme.

Hannah solo asintió y salió de la oficina.

El resto del día para la bella asistente consistió en ordenar papeles, revisar emails, leer contratos para que Christian los firmara y preparar su mejor discurso para convencer a Miguel Roldán. Cuando ya era hora de partir hacia la casa del escritor, Hannah ordenó los papeles sobre el escritorio y preparó el contrato en caso de que él aceptase publicar su obra.

— Hannah, es hora de irnos. — anunció Christian.

— Llevaré algunas copias del contrato en caso de que sea necesario. — dijo y Christian asintió.

Todo el camino a casa del escritor, ambos permanecieron en total silencio, no cruzaron palabras. Finalmente al llegar al lugar, Hannah quien se encontraba por primera vez allí, observó todos los alrededores y quedó encantada con la casa, era pequeña, pero muy pintoresca.

— ¿Qué esperamos? — preguntó Christian —. Es hora que entremos.

— Espera, Christian, — lo detuvo Hannah —, si no te molesta, Roldán me pidió que nuestra conversación fuese a solas.

— ¿A solas? — gritó alarmado Christian —. No dejaré que hables a solas con él. — masculló inseguro, para Christian, Hannah era como su hermana menor, no la dejaría sola por ningún motivo.

— No te preocupes, Roldán puede ser un hombre un poco extraño, pero no es ningún criminal. — rio Hannah.

— Pero Hannah...

— Pero nada, Christian, iré sola. — afirmó.

Hannah entró a la casa muy segura que Roldán aceptaría el trato de Christian. Las horas que duró la plática con el ermitaño escritor, ella descubrió que aquel hombre frío, extraño y sombrío que había descrito su jefe, no existía. No era que Hannah no conociera a Roldán desde antes, sino que nunca se había tomado la molestia de observarlo minuciosamente, ni cruzar más de un saludo cordial cuando llegaba a la editorial. Miguel era un hombre alto y apuesto, de ojos marrones y de cabellos negros desordenados, él estaba vestido casual y cuando la recibió, tenía una taza de té en la mano. Además del descubrimiento que había hecho hasta ese momento, Hannah realmente descubrió la verdadera razón por la cual, Miguel no quería publicar la obra con la que Christian estaba tan obsesionado, la razón era simple; Miguel había escrito sobre un amor suyo y con quien nunca pudo estar, porque ella no lo amaba, sabiendo esto Hannah, no lo presionó más y dejó que él se saliera con la suya.

— Entiendo ahora sus motivos, señor Roldán, lamento haberlo presionado tanto. Desconocía que esa obra significara tanto para usted.

— No se preocupe, la mayoría no lo sabe y yo tampoco no me tomo el tiempo para explicarlo a cualquiera. — comentó y luego llevó la taza de té a sus labios —. Tampoco creo que deba hacerlo, pero con usted es diferente, me inspira mucha confianza, la misma que nunca tuve por nadie.

— Y se lo agradezco. — dijo Hannah, quien no pudo evitar sonrojarse.

— No hay nada qué agradecer, Señorita Monroe.

— Creo que es hora que me marche, ya le he quitado mucho de su tiempo. Hasta luego, señor Roldán.

— Hasta luego, Señorita Monroe y espero verla pronto. — se despidió con una sonrisa —, iré a la oficina de Christian para hablar con él sobre la obra. No le comente nada de lo que en realidad quedamos, yo lo haré personalmente.

— Como usted diga.

— Es lo mínimo que puedo hacer.

Hannah estaba contenta, quizás no había conseguido que Miguel firmara el contrato que tanto deseaba su jefe, pero en dos horas había aprendido más cosas que en todos esos 3 años de universidad y casi 25 años de vida. Le había informado a Christian que Roldán quería hablar personalmente con él sobre la supuesta publicación de su obra. Christian pensó inmediatamente que se trataba de una negociación terminada, así que no dudó en abrazar a Hannah efusivamente y culminó halagándola, ella no dijo nada al respecto, sólo guardó silencio y esperó que fuese el mismo Roldán que se lo dijera. Sin duda, Donovan se llevaría una decepción tremenda.

Era sábado y teniendo el día libre, Hannah hizo las compras en el mercado de la ciudad por la mañana, ya que siempre encontraba productos frescos allí. Compró unas naranjas muy aromáticas con las cuales pensaba hacer un pastel de verano, la castaña estaba tan emocionada que se animó a preparar unos pastelillos que le llevaría a María, una amiga suya y la cual había hecho en los cuatro meses que llevaba en Madrid.

— Preparé unos pastelillos de naranja, espero que te gusten. — dijo Hannah en el teléfono —. Iré a tu casa antes de que anochezca, estarás despierta a esa hora, ¿no? — bromeó.

— Sí, Hannah, no soy una niña, claro que puedo permanecer despierta después de las 6 de la tarde. — mencionó María que no

dejaba de reír con los comentarios que Hannah hacía —. Me muero por probar lo que has preparado, te veo a las 7, ¿vale?

— Claro, los llevaré a esa...— El timbre había sonado y no permitió que ella terminara la charla que tenía con su amiga —, María, te llamaré después, el timbre acaba de sonar, nos vemos a las 7 como acordamos.

— Claro, nos vemos entonces. — Ella colgó.

Hannah se apresuró a abrir la puerta, sin antes mirar por el cristal de quién se trataba. Ella no tenía ni idea quién la esperaba tras la puerta, tampoco conocía las intenciones de esa persona, pero se arrepentiría de no haberse tomado la molestia de haberlo hecho cuando pudo.

Ella abrió la puerta y se quedó perpleja de la impresión.

— ¡Sorpresa! — gritó y entró al apartamento sin invitación de por medio —. ¿Esta es la clase de bienvenida que le das a quien estuvo a punto de casarse contigo y darte su apellido? — dijo irónicamente.

— ¿Michael? — Hannah estaba atónita, no podía creer que él estuviese frente a ella, claro que no se trataba de una visita amistosa, lo que buscaba era vengarse por lo que le hizo hace unos meses.

— ¿Es lo único que vas a decir? — encarnó una ceja —. Hace mucho que no nos vemos, querida Hannah, debes aprender a recibir al hombre más importante de tu vida. — Michael se acercó a ella, la tomó en sus brazos y la besó arrebatadamente.

Hannah podía percibir el aroma varonil de Michael, su aroma era dulce, todo lo contrario a la manera en la que él la besaba. El beso de Michael Dikoudis era violento, lleno de rabia, pero muy pasional a la vez.

— ¡Cómo te atreves! — gritó, dándole una respectiva bofetada.

Michael estaba furioso y no por el golpe, sino porque ella se había atrevido a desafiarlo.

— ¡No lo vuelvas a hacer! — le gritó furioso, jalando su bazo con

fuerza a tal punto de lastimarla.

— ¡Ya suéltame! — le ordenó Hannah y sorprendentemente Michael lo hizo —. ¿A qué has venido? — escupió con rabia.

— ¿Qué no es obvio? — se estaba burlando de ella —. Vine a recuperar mi bien máspreciado, es decir a ti, querida. — esbozó una sonrisa descarada.

— ¿Bien máspreciado? — replicó —. ¡Qué poético! — exclamó —. Ha pasado un tiempo y no has dejado de tratar a las personas como simples objetos de tu propiedad. Afortunadamente no llegué a casarme contigo. — agregó haciendo que Michael se sienta más humillado.

— No seguirás siendo tan irónica cuando sepas sobre tu hermano. — Michael tomó una botella de vino que se encontraba en el comedor y sacándole el corcho, se sirvió un poco, se dejó caer sobre el sillón de la sala —. Muy buen vino, cariño ¿Recuerdas cuando solíamos beber de esta botella? — le recordó — ¡Vamos! Déjame servirte un poco y recordemos viejos tiempos.

— No gracias, — se negó ante su ofrecimiento de mal gusto —, ahora si no te molesta, dime a qué has venido o de lo contrario, puedes retirarte. — sentenció Hannah, pero Michael no respondió, tenía planeado prolongar la plática y esto sólo terminaba por desesperarla —. ¡Habla ya! — le exigió.

— Está bien, no hay razón para enojarse. — murmuró irónico —. Tu padre ha muerto, — mencionó fría y desconsideradamente —, y tu querido hermano, es decir mi ex cuñado está preso por fraude y en cuanto a tu interesada madre, ella ha estado intentado sacarlo de prisión, pero no ha tenido éxito hasta ahora.

Hannah no podía creer lo que escuchaba, en los 4 meses que había estado lejos de casa, su padre había muerto y su hermano estaba en prisión bajo la acusación de fraude. Era evidente que su madre no había podido sacarlo, pues no tenía el dinero suficiente y ella al haber escapado el día de su boda, no pudo evitar que todo esto sucediera.

— ¿Cuánto tiempo lleva en prisión? — preguntó e intentó contener

las lágrimas, pues no quería llorar frente a Michael, ya que él sólo se burlaría de ella.

— Unos tres meses. — contestó muy relajado. Michael volvió a servirse un poco más de vino en su copa, le dio un sorbo y le dijo a Hannah: —, pudiste haberlo evitado si no hubieras huido con ese jardinero idiota, su nombre era Luke, ¿no? — inquirió con burla y desprecio.

Un nudo se formó en la garganta de Hannah, Michael aún creía que ella y Luke eran amantes y que habían huido juntos el día de su boda.

Si tan sólo supiera que él estaba *tan* equivocado.

— Michael, ¿qué es lo que quieres de mí? — preguntó resignada, después de todo era su hermano y la poca familia que aún le quedaba.

— Venganza, yo tan sólo quiero vengarme, — susurró, depositando un beso en el hombro de la castaña —, y esta vez nada, ni nadie te salvará. — Hannah podía sentir como una nube negra la envolvía, estaba segura que una de sus peores pesadillas se estaba haciendo realidad.

Se encontraba en manos de Michael y una vez allí, no podría escapar jamás.

## Capítulo tres

Tan sólo cuatro días habían pasado desde que Michael había encontrado a la mujer que lo había puesto en ridículo ante toda la sociedad de Chicago. La había encontrado al fin, ante él estaba la misma rubia de estatura baja, pero tan hermosa y delicada como un ángel, a la que siempre había soñado con proteger, la misma que lo había dejado y por un simple jardinero.

¿Realmente ella lo había hecho o eran sólo habladurías de las primas de Hannah, quienes siempre la habían envidiado y odiado?

De haber sido cierto ese rumor ¿Qué es lo que había visto en Luke que en él no?

¿Qué tenía de especial alguien tan simple como Luke Sanders para ella?

¿Por qué lo había preferido a él en vez de alguien como Michael, quien tenía la total aprobación de su familia?

Michael siempre había querido saber todo esto y sólo su querida y ex prometida podía darle las respuestas necesarias.

— Bien, Michael. — finalmente Hannah decidió hablar después de permanecer todo el viaje a América en silencio — ¿Qué es lo que pretendes? Aún no me has dicho qué es lo que deseas hacer con la persona que te abandonó el día más feliz de tu vida. — Para ella era un misterio, ya que él tampoco no había hablado al respecto durante el viaje.

El griego permaneció en silencio desesperando aún más la rubia, que estaba más nerviosa que de costumbre, al verla así, se decidió hablar finalmente.

¡*Gracias al cielo* que era su chofer el que manejaba y no él!

— Creo ya habértelo dicho. — contestó mirándola a los ojos —, deseo vengarme. — La rubia aún no comprendía —. Hannah, no pretendo que me entiendas, ni tampoco por qué lo hago, cuando te conviertas finalmente en mi esposa lo sabrás y podrás comprenderme mejor.

— ¿Esposa? — cuestionó, ella pensó que ya había desistido de ese absurdo matrimonio después de haberlo abandonado, pero parecía que

ella estaba equivocada.

— Nuestro compromiso no se ha roto a pesar que me dejaste en el altar y huiste con...— El rostro de Michael se tensó al recordar la escena —. Olvidemos lo que hiciste y comencemos de cero con los preparativos.

Él estaba *totalmente* loco o era su orgullo el que no le permitía ver lo que le había hecho una mujer como Hannah.

— Nunca dije que me casaría contigo. — le dejó en claro y Michael sólo la veía divertido —. ¿Además cómo pretendes casarte con una mujer que te abandonó y supuestamente huyó con otro?

— Tengo mis razones. — se encogió de hombros. Hannah tan sólo dejó notar su decepción al conocer que Michael no pensaba rendirse tan fácilmente —. En cuanto a ese hombre, lo olvidarás una vez que compartamos la habitación.

Las palabras del griego ruborizaron a Hannah. Era todo un descarado.

— Ve olvidando eso, nosotros no dormiremos juntos, ni ahora, ni nunca. Además, olvidas una cosa muy importante, Michael; entre nosotros no existe amor para pensar en contraer matrimonio. — Los ojos azules del ya furioso hombre se oscurecieron más.

Él suspiró e intentó mantener la calma frente ella.

— De mi parte sí existe amor hacia ti, Hannah, siempre lo hubo a pesar de tu traición. — confesó, Michael Dikoudis era la clase de hombre que nunca hablaba de sus sentimientos, él era muy reservado a tal punto que le había parecido muy frío a Hannah.

La pequeña rubia no podía creer lo que aquel hombre apuesto le había confesado. Le había dicho que la amaba y que no pensaba dejarla ir por nada, pero era una lástima que Hannah no estuviese enamorada de él y que sólo se había convertido en su novia y posteriormente en su prometida por el simple y complejo hecho que desde pequeña su madre le había advertido que debía casarse con alguien digno de ella, es decir con un hombre de su misma posición social que pudiera cuidar de ella. La presión por parte su familia

siempre estuvo presente toda su vida, pero Melissa, no contó con el hecho que su hija se enamorara de alguien sin una fortuna de por medio, alguien como Luke.

Luke, quien a veces Michael molestaba con ser el jardinero de la casa, era un muchacho de casi la misma de edad de Hannah, habían sido amigos desde que eran pequeños. Él había estudiado ingeniería y trabajaba para una compañía actualmente, Michael simplemente lo llamaba jardinero, porque él siempre estaba pendiente de los rosales de Hannah, a los que ella tanto había amado desde niña.

Hannah Monroe había estado enamorada de él desde niña, incluso habían sido novios por un tiempo breve, pero a causa de los prejuicios de su madre y el mal trato que su hermano, Terrance tenía con él y de las ambiciones que su padre tenía para ella, la relación terminó haciendo que ellos dos quedaran solamente como buenos amigos.

— Además recuerda que tu único hermano está en problemas y tu madre no tiene ni un minuto de paz viéndolo en prisión, ¿aun así te resistirás, Hannah? — Él tenía razón Terrance era lo único que le quedaba después de la muerte de su padre. No tenía otra opción más que aceptar lo que Michael le proponía por segunda vez.

— Está bien, tú ganas, Michael, — accedió acongojada —, pero júrame que cuando nos casemos, cumplirás con tu palabra y harás todo lo posible para que Terrance salga en libertad.

Una sonrisa de satisfacción se formó en los labios de Michael.

— Es decir que... ¿Realmente te casarás conmigo? — preguntó con serenidad, él intentaba ocultar su entusiasmo, después de todo el griego le sobraba el orgullo.

— Así es. — le afirmó, y Michael optó por tomar su mano y entrelazarla con la de él, y besarla —. Pero dentro del trato no está incluida la cláusula de llegar amarte, simplemente no podría, Michael. — agregó, provocando que las ilusiones del griego se esfumaran.

Al oír esto, Michael soltó la mano de Hannah y fingió no sentirse

dolido.

— Yo me encargaré de que llegues a hacerlo. — aseguró muy confiado. Hannah pensaba que la soberbia de su prometido no tenía límites —. Te aseguro que dentro de unos meses te habrás enamorado de mí sin que lo notes. — La muchacha no dejó de observar la actitud tan confiada de su futuro esposo, Michael esbozaba una sonrisa tan gloriosa, pero tan bella como él. Debía reconocerlo, Dikoudis era un hombre muy apuesto para rechazar, tanto que sus primas la envidiaban y empezaron a odiarla cuando anunciaron su compromiso.

— Creo que confías demasiado en ti. — murmuró Hannah —. Te aseguro que no podrás lograrlo. — lo desafió la rubia con molestia, pero él ríe ante su comentario.

— Siempre lo hago, — contestó —, es así que mis negocios nunca fracasan.

— Esto no es un negocio y no hay dinero de por medio que puedas ganar. — le aseguró con molestia después de haberlo escuchado hablar como si ella se tratase de un objeto que estuviera en venta.

— Lo sé. — le dijo —. ¿Qué te hizo pensar eso?

— Tus palabras y la palabra negocio. — le espetó Hannah —, y es por eso que creo, que no podrás lograrlo.

— Y yo te aseguro que sí, ya que poseo cierto encanto natural que hará que finalmente te rindas ante mí. — musitó, arreglándose el costoso traje de sastre que llevaba.

— Eres un engreído, Dikoudis.

— Lo soy, querido ángel, pero sólo tuyo. — asintió con un tono hilarante —. En cambio, tú eres muy difícil de complacer.

El comentario de Michael despertó cierta simpatía en Hannah, haber aceptado que era un engreído hizo que sonriera y que él tuviera un día placentero con tan sólo verla sonreír. Después de unos minutos de viaje en el coche del griego y una conversación que había terminado en un pacto, ellos llegaron a

la casa de los padres de Hannah, dispuestos a terminar con lo que habían empezado. La pequeña rubia se preguntó cómo la recibiría su madre tras la sorpresiva muerte de su padre y el arresto de su hermano, la ex novia fugitiva tendría mucho con qué lidiar con su repentino regreso a Chicago, no todo sería fácil de hoy en adelante.

Hannah Monroe estaba a punto de recibir más de una sorpresa y de descubrir más de un misterio desde que decidió partir y dejar todo atrás.

¿Qué es lo que había cambiado tanto tras su partida?

## Capítulo cuatro

La situación era peor de lo que imaginó, todo en casa de los padres de Hannah estaba al revés. Su madre estaba devastada con la muerte de su esposo y el arresto de su hijo, pero comparado con el hecho que el banco iba a tomar posesión de la casa dentro de una semana y que Terrance, su hermano le había firmado pagarés por miles de dólares a un hombre a cambio de dinero fue la gota que rebalsó el vaso. Terrance ni siquiera había cesado de su ambición y sed al dinero fácil para malgastarlo en fiestas y mujeres.

¿Cómo era posible que un hombre de casi 29 años siguiera siendo tan irresponsable y desconsiderado con su propia familia? Existía una respuesta, todo era culpa de sus padres, por haberlo consentido tanto y haberlo formado como un egoísta, pero Terrance ya no era una cría, tenía que hacerse responsable de sus actos, después de todo, su madre no le sería eterna y él tendría que arreglárselas él solo.

— ¿Una deuda por 200 mil dólares? — mencionó Hannah con suma preocupación, ella tuvo que sostenerse fuertemente del mueble en el que estaba apoyada para no desmayarse de la impresión —. ¿Y para qué necesitaba todo ese dinero? — continuó molesta —. ¡Oh, ya me lo imagino! Para jactarse con sus amigos y frente a esas mujerzuelas.

Melissa, la madre de Hannah ocultó su mirada, sabía que su hijo consentido era un aprovechador desconsiderado, pero no lo admitiría frente a la más sensata de sus hijos.

— Mamá, sé que no te gusta que hable así de él, pero es la verdad. —

cubrió sus manos con las suyas y las acarició —, pero no sé de dónde sacaremos tanto dinero, ni siquiera lo poco que pude salvar del abuelo nos ayudaría. — Michael observó enternecido a Hannah, le sorprendió que no le pidiera ayuda a pesar que dentro de muy poco se convertirían en marido y mujer.

— Tenemos que hacer algo, — repuso su madre —, no podemos perder todo de esta manera. — dijo entre lágrimas.

Michael no dijo absolutamente nada, pues esperaba ansioso cuál sería el siguiente movimiento de su prometida.

¿Le pediría ayuda cuando vea lo perdida que estaba?

— Podríamos vender la casa, — sugirió la pequeña rubia, pero a Melissa no le había agradado la idea —, y con el dinero de la venta pagarle al banco, subsanar los pagarés de Terrance e incluso comprar un apartamento, claro, uno pequeño para ti. — aclaró.

Pero esto no había calmado del todo a su madre.

— No te preocupes por el dinero, mamá, yo seguiré trabajando y con ese dinero pagaré tus gastos, nada te hará falta.

Melissa estaba más que sorprendida y pensar que la muchacha que nunca imaginó que fuese la esperanza de la familia, era la única que se desvivía por ayudarla y que tenía planeado resolver todos los problemas y escándalos que rodeaban a su familia.

— Gracias. — Melissa se lanzó a los brazos de su hija y lloró desconsoladamente. Ella necesitaba consuelo, el mismo que su hija menor le ofrecía —. Perdóname por haber preferido siempre a tu hermano y haberte negado el cariño que siempre necesitaste.

Hannah abrazó a su madre aún más fuerte y evitó llorar para no afligirla más.

— No tengo nada que perdonarte. — dijo Hannah sin quebrarse —, pero recuerda que siempre estaré junto a ti para apoyarte. Ahora que papá no está con nosotras, debemos ser más fuertes y estar más

unidas.

Michael tenía una hermosa vista de Hannah, pues madre e hija se habían reconciliado, estaba totalmente complacido de confirmar que no se había equivocado con Hannah, puesto que ella era una mujer única, además de sencilla y poco interesada. Cualquiera en la situación en la que se encontraba ella, se habría sentido obligada a pedirle ayuda a cualquiera, incluso al hombre con quien estaba a punto de casarse. Ella nunca lo hizo y él no se la había ofrecido para conocer hasta dónde llegaría Hannah con tal de solucionar sus problemas. Ahora que sabía cómo era en realidad Hannah Monroe, no dudaría en ofrecerle su apoyo aunque estaba muy seguro que ella se negaría a aceptarlo. Una barrera más que Michael tenía que romper para conquistar su corazón.

Al cabo de unos días, el plan de la menor de los Monroe había dado sus frutos, ella había logrado vender la casa a pesar de la gran deuda con el banco y después de una exhaustiva negociación con el comprador. Tras liquidar los pagarés y la deuda pendiente con el banco, sólo quedó la 4 parte que había obtenido por la casa y que con el cual afortunadamente más el dinero de la herencia que le había quedado, ella podía acceder a comprar un apartamento pequeño y cómodo en una zona decente para su madre.

Después de todo ese torbellino de emociones y problemas, la pareja próxima a casarse fueron en busca de una casa, que se convertiría en su hogar por los siguientes años. « *Muchos años* » Pensó con pesar la rubia de los ojos verdes, ella no estaba ilusionada, ni mucho menos tan enamorada para casarse.

— ¿Y bien? — preguntó Michael muy entusiasmado —. ¿Qué te parece esta casa? — La sonrisa del apuesto hombre era inmaculada, pero la de Hannah era más que una forzada.

¿Tanto le costaba aparentar ser una futura esposa feliz?

¡Por supuesto que sí! La rubia y ex novia fugitiva aún sentía amor por alguien más y quien no exactamente era su futuro marido.

Sonaba algo trágico y a traición, ¿no?

— Bien, de todas las casas que hemos visto, esta es la mejor. —

mencionó y el vendedor estaba más que feliz, pues recibiría una gran comisión si lograba firmar el contrato de venta.

— ¿Entonces, es un sí, Hannah? — Los ojos azules de Michael parecían estar más claros que nunca, señal que indicaba cuando él estaba a gusto o contento.

Hannah asintió.

— ¡Téleios! — exclamó algo en griego y besó a su prometida en la frente.

— Tengo que contestar, — le indicó Hannah al notar que su móvil había empezado a sonar dentro de la habitación —, estaré contigo cuando decidas firmar el contrato. — Michael asintió y se retiró a conversar con el vendedor a una habitación muy cercana a la que ella se encontraba.

Luke se estaba comunicando con Hannah después de muchas lunas, es decir, después de mucho tiempo. Para Hannah, era grato escuchar su voz de nuevo, pues en Luke ella encontraba una especie de consuelo, el mismo que necesitaba en estos momentos.

— Por más desequilibrado que suene, es verdad. — dijo mientras Luke la escuchara al otro lado de la línea —. Acabo de salir de un problema muy grande, pero quedó pendiente uno y tú lo conoces más que nadie. — suspiró y continuó: —, parece que no nací para vivir tranquila, espero verte pronto, no sabes cuánto te extraño y te necesito. Eres...

— ¿A quién extrañas y necesitas tanto, Hannah? — Los ojos azules del griego habían oscurecido, realmente Michael Dikoudis estaba molesto y había palidecido al escucharla hablar de esa manera.

Relámpagos y rayos parecían escucharse en el lugar a pesar que el pronóstico del clima señalaba que sería un día despejado y sin lluvias.

Era oficial, Zeus había sido invocado.

Es que... ¿A caso Michael también tenía poder sobre los cielos?

— Te hice una pregunta, — sentenció —, y espero que la respondas ahora. — Él hizo que Hannah girara a verlo, provocando que sus miradas se encontraran.

La mirada de Michael era penetrante y oscura, mientras que la de su prometida, era de miedo y sumisión.

La pequeña Hannah Monroe necesitaría ayuda de todos los dioses si es quería salir libre y salva de esto, porque de haber escuchado algo que se asemejara a una traición, Michael no tendría piedad de su alma, ni de la de Luke.

« Estoy perdida. » Pensó.

## Capítulo cinco

— *“Con Whitney.”* — *Así fue como Hannah pudo salvarse de la ira de Zeus.*

Michael no dijo nada, no protestó y es más, le creyó.

Pensó que era estúpido ponerse celoso de la mejor amiga de su futura esposa ¡Qué tonto había sido para desconfiar de la linda muchacha que tenía a su lado! Si tan sólo Michael supiera...si *tan sólo* supiera que no se trataba de Whitney, sino de *Luke*, Hannah sería castigada con más de un trueno. Dios y los cielos se habían apiadado de ella y gracias a su mentira, Michael Dikoudis le había creído.

Tres días después de ese incidente, la futura señora Dikoudis se encontraba en la oficina de Michael con el abogado de la empresa. ¿Qué es lo que harían? Pues firmarían una alianza, en pocas palabras, *un pacto*, que la uniría con el griego.

— ¿Para qué es el contrato? — preguntó Hannah, revisando una y otra vez la hoja que tenía frente a ella —, pensé que confiabas en mi palabra.

A Hannah le molestaba la posibilidad que Michael creyera que no podía confiar en ella. Ella conocía que el griego era desconfiado y que nunca tomaba las palabras de las personas como un hecho, pero ella era diferente, pues la conocía desde hace mucho. Ella no iba a engañarlo o quizá ya no confiaba tanto en ella desde que decidió abandonarlo.

— No quiero que te sientas ofendida, Hannie. — Ese era el diminutivo que Michael había usado desde que la conoció. A la linda rubia no le molestaba que la llamara así, después de todo era mejor que “Hannah banana” como solía llamarla el odioso de su hermano.

Una sonrisa pequeña apareció en los labios de Hannah.

— Firmaremos un contrato, porque es en mí en quien no confío. — ¿Debía estar bromeando? Michael no era para nada inseguro y menos con él mismo.

— ¿No confías en ti? — encarnó una ceja, por un momento ella pensó que estaba haciéndole una broma de mal gusto —. ¿Puedes explicármelo? Porque realmente no comprendo.

— Es simple. — Michael no vaciló. La confianza era lo que más le sobraba —. Si recuerdas el trato que hicimos, perdonarle la deuda y

retirar los cargos de fraude a tu hermano, los mismos por los cuales tu hermano fue acusado de fraude a cambio de que te casaras conmigo. El problema es que nunca fijamos el plazo que tendrías que estar junto a mí. — señaló.

Hannah seguía sin entender ¿Por qué quería fijar un plazo para permanecer junto a ella?

— Pensé que nuestro matrimonio duraría un tiempo indefinido. — comentó.

— Yo también lo pensé así, pero no es lo que quiero para nosotros, Hannah. — El hombre de los ojos azules se levantó de su asiento y empezó a contemplar la vista que tenía desde el ventanal de su oficina y agregó: —, de lo contrario no funcionaría.

*“No funcionaría”* Esas palabras sonaron como eco en la mente de Hannah.

¿Es que Michael ya no tenía tanta ilusión en casarse con ella?

De ser el caso, Terrance se quedaría en prisión por años y su madre moriría de la pena. Una punzada de dolor perforó el corazón de la joven, pero no sabía si se debía al hecho que la vida de su hermano se perdería en prisión o porque le dolía que Michael ya no estuviera tan interesado en conquistar su corazón como alguna vez él mismo lo mencionó. Los ojos tristes de Hannah, que minutos atrás habían estado mirando a Michael, desviaron su mirada hacia el suelo.

Michael pudo notar la mirada de Hannah, a pesar que se encontraba de espaldas, pues había visto todas sus expresiones tras el reflejo del ventanal.

— Y Yo realmente quiero que funcione, Hannah. — agregó suavemente, despertando un repentino sentimiento de alegría en ella. Hannah no sabía por qué, pero sentía una gran alegría en su corazón.

## Capítulo seis

La música comenzó a sonar dentro de todo el lugar, ella no podía creer que se encontraba en el mismo lugar de hace seis meses. El jardín está decorado a la perfección, claro que esta vez todo era diferente; ya no había flores de primavera que embellecieran el lugar, sino arreglos y flores de otoño, era una boda de otoño que se estaba llevando a cabo en un lugar muy conocido para ella. *Su antigua casa*, él tendría mucho que explicarle, como por ejemplo cómo lo había logrado, ya que Michael sabía lo mucho que significaba esa casa para ella, todos sus recuerdos estaban allí.

Los invitados estaban en sus respectivos lugares, todos puntuales e incluso la persona que los casaría. La hermosa novia caminó hacia lo que sería el lugar donde todo cambiaría. Usaba un velo hermoso de encaje, el cual no era largo, ni corto, el mismo que hacía juego con su vestido de corte sirena, que también era de encaje. Hannah usaba el collar de su madre, uno de perlas blancas que habían acompañado a Melissa el mismo día de su boda, era una pequeña reliquia familiar, junto a los zarcillos que hacían juego. Un maquillaje sobrio, pero impecablemente hermoso hacía resaltar su rostro, pero había algo diferente en la novia esta vez comparada con aquella primera

vez que iba a contraer nupcias; la muchacha había dejado de ser rubia, ahora su cabello natural castaño estaba atado en un moño alto y perfecto.

El novio la esperaba con ansias con una sonrisa de felicidad y ella sólo lo contemplaba con la misma. La hora había llegado, estaba junto a él a punto de dar el sí.

La ceremonia comenzó y el momento de la verdad había llegado.

— Yo, Michael Dikoudis te acepto a ti, Hannah Monroe como mi esposa, mi compañera y estaré contigo en los buenos momentos como en los malos. Estaré siempre para ti, te protegeré y amaré para toda la vida. — Michael tomó el anillo que Whitney, la amiga de Hannah sostenía frente a él.

Era el turno de Hannah de hacer lo mismo y a diferencia de seis meses, esta vez ella estaba lista. Un sentimiento en ella había despertado, pero quizás Hannah no lo había percibido del todo.

— Yo, Hannah Monroe, te acepto a ti, Michael Dikoudis como mi esposo y compañero, y prometo estar contigo en los buenos momentos como también en los malos. Seré más que una compañera para ti y me alegra haberte escogido como mi esposo para toda la vida. — Ella había logrado que Michael sonriera más, sus ojos azules brillaban y estaban más claros que de costumbre.

— Por el poder que la ley me ha otorgado, los declaro marido y mujer. — dijo el juez —. Señores, el señor y la señora Dikoudis. — mencionó y todos los presentes aplaudieron.

La sonrisa de Hannah era preciosa, si tan sólo ella pudiese ver sea ella misma en ese momento.

— Puede besar a la novia. — declaró, dando fin a lo que había empezado.

El beso que Michael le dio a Hannah hizo que todo en ese momento fuera real, si es que quedaba alguna duda sobre el matrimonio. Hannah había recibido un beso tierno y cálido de su ahora esposo. La muchacha, es decir Hannah Dikoudis, estaba teniendo una boda sacada de un cuento de hadas,

aunque le faltaba el elemento más importante, el amor.

« Ojalá pueda llegar a enamorarme de ti, Michael. » Deseó la novia, quien contemplaba a su esposo con una mirada llena de luz y con los mejores deseos.

Era una velada extraordinaria a pesar que había muy pocos invitados. Hannah pensó que era lo mejor, ya que ella, ni su madre tenían muchos amigos en realidad. Además, les habían quedado muy pocos después del escándalo de su hermano y respecto a Terrance, él no había asistido a la boda, todavía no había podido salir en libertad, debía esperar al menos un mes más para hacerlo. Las primas que envidiaban a Hannah estaban presentes, claro que con una sonrisa falsa y una envidia que las carcomía, sin olvidar el veneno que derramaban. Whitney, Luke y su hermana también estaban presentes, Michael aún tenía la mirada en él, pues creía que Luke aún representaba una amenaza para su matrimonio con Hannah.

Increíblemente en la boda, también estaba María, la amiga que ella había hecho en España, además de su jefe Christian Donovan y hasta Miguel Roldán había venido exclusivamente para el día de su boda, quien sorprendentemente estaba riendo y coqueteando con su mejor amiga.

Los novios se unieron a la pista de baile con las otras parejas, la música era lenta y la magia se sentía en el aire.

— ¿Señora Dikoudis? — murmuró Michael, quien sostenía a Hannah de la cintura.

— ¿Sí, Señor Dikoudis? — dijo ella adormecida.

— Mañana será un nuevo día. — comentó —. Mañana daré el primer paso para conquistar tu corazón. — Hannah no dijo absolutamente nada, sólo lo miró a los ojos y contempló el brillo en ellos.

*Quizá* ella también quería que esto funcionara, pero no lo había admitido aún.

# Capítulo siete

Para mala suerte de Michael, su tan ansiado viaje de luna de miel, se había cancelado. El griego no estaba feliz, ya que para él era como perder la única oportunidad de conquistar a su ahora esposa. Y qué irónico podía ser que la mujer que ahora dormía al lado suyo, era la misma pequeña rubia que había huido la primera vez que iban a contraer nupcias, pero esta vez era diferente, puesto que ahora sí estaban casados y nada los separaría, bueno al menos eso creía él.

¡Pero quién sabe! con lo inestable que solía ser el destino y lo cruel que es la vida. Todo estaba por verse.

Las cosas habían cambiado desde que Hannah Monroe había decidido dejarlo en el altar por primera vez.

1. Hannah se había vuelto más segura de sí misma, ya no era temerosa.
2. Había obtenido una conducta totalmente independiente.
3. Había regresado más decidida.
4. Estaba dispuesta a los cambios; uno de ellos era darle un escarmiento a su hermano mayor, Terrance. En otros tiempos, la dulce muchacha habría hecho lo que fuera para que su hermano, el cual era una joyita, no pasara ni un día más en la cárcel, pero ahora ella estaba dispuesta a darle un escarmiento retrasando su salida, claro que su deseo de verlo libre de problemas no dejaba de ser su prioridad, después de todo, ella lo hacía por su madre, Terrance y Melissa eran lo único que le quedaba.
5. Ella había cambiado su apariencia. Michael no sabía si era para bien o para mal. Hannah había dejado de ser rubia, él no recordaba la última vez que la había visto con su hermoso cabello natural color castaño. Aunque la había conocido así, nunca le molestó el rubio, pero debía admitir que ahora Hannah

se veía más linda y un brillo especial había aparecido en su mirada.

Tal vez no se habían ido de luna de miel y la habían pospuesto, pero nada impediría que Michael pudiera conquistarla como prometió miles de veces e incluso el día de su boda. Era increíble ver que un adicto al trabajo como Michael, dejaba la oficina antes de las 6 de la tarde tan sólo para verla llegar del trabajo y pasar un tiempo con ella, cabe mencionar que Hannah no había dejado de trabajar, incluso Donovan le había conseguido un empleo en una editorial de Chicago.

Hoy era un día especial, pues ambos tendrían un picnic fuera de la ciudad, con Hannah todo tenía que ser sencillo, ella no necesita de grandes planes o detalles. Ella se conformaba con lo más simple, siempre había sido así, pero a pesar de eso, Michael nunca había podido ganar su corazón en el pasado. Esta vez iba a ser muy diferente, él triunfaría y se quedaría con su corazón y cualquier huella del pasado sería borrada, incluso la que Luke dejó en ella.

La tela yacía tendida sobre el pasto, los aperitivos preparados por Hannah estaban listos para ser devorados al igual que el dulce pastel que la madre de Michael, Alena, había preparado para la joven pareja. Todo iba perfecto en un día parcialmente soleado, lo cual era extraño en Chicago, ya que estaban en otoño y esta ciudad era conocida como la “Ciudad de los grandes vientos”.

— ¿Te gusta el lugar? — preguntó Michael, mientras abría la botella de vino.

— Es muy lindo, nunca imaginé que hubiese un lugar tan lindo fuera de la ciudad, es decir un lugar con áreas verdes e incluso un lago maravilloso. — explicó la castaña maravillada —, gracias, Michael. — dijo Hannah, cubriendo su mano con la de su ahora esposo.

— No tienes nada que agradecerme, Hannah, sabes que lo hago porque sé que te encantan los lugares como este. — mencionó con una gran sonrisa, depositando un beso sobre la mano de Hannah —. De hecho debería ser yo quien te agradezca por haberme convertido en un nuevo hombre, uno que ahora ama la naturaleza. — rio Michael, haciendo referencia a la palomas que no dejaban de acecharlo.

— Parece que hiciste nuevos amigos, Señor Dikoudis. — se burló

tiernamente la muchacha.

— ¿Me parece o te estás burlando de mí, Hannah banana? — Él sabía que ese apodo la molestaba. La había escuchado quejarse en más de una ocasión cuando su hermano la llamaba así para sacarla de sus casillas.

— ¿Qué ocurre con el apodo? — Hannah intentó fruncir el ceño, pero no pudo, la sonrisa de Michael se lo impedía, al contrario Hannah comenzó a reír —. Crees que es divertido, ¿no, Michael? — inquirió —. Pues yo te enseñaré lo que es realmente divertido. — dijo peligrosamente, lanzándose encima de Michael para abrazarlo y hacerle cosquillas por todo el cuerpo.

Michael comenzó a reír frenéticamente, pidiéndole a Hannah que se detuviera, pero ella no lo hizo. Llegó un momento en que los papeles se invirtieron y fue Michael quien empezó a atacar a Hannah con cosquillas. Ambos se atacaron, provocando que esa pequeña guerra infantil no tuviera fin, hasta que una chispa apareció en los ojos de ambos y compartieron un beso tierno y dulce. Michael abrazaba a Hannah fuertemente, sin dejar la delicadeza de lado mientras la besaba con ternura y con el deseo de que ese momento nunca terminara. Por otro lado, la pequeña muchacha estaba adormecida por el polvo mágico de amor que parecía estar teniendo efecto en ella.

— Eres un ángel. — dijo Michael que se separó sus labios de los de ella por falta de aire, debido al intenso beso que habían compartido.

Hannah no respondió, sólo lo observó profundamente.

— No pienso dejarte ir nunca, — le dijo —, quiero pasar cada momento a tu lado. — murmuró, acariciando su mejilla.

— Creo que tampoco podría dejar que eso ocurra, Michael. — dijo ella sorprendiendo al griego que yacía encima de ella.

¿Será que la pequeña Hannah finalmente se había enamorado de él?

## Capítulo ocho

Dos meses había pasado desde que Hannah había tenido un hermoso día con Michael, ese hermoso día donde compartió un picnic, en el cual se dio cuenta que realmente se había enamorado de él, del griego que alguna vez rechazó y abandonó, dejándolo en ridículo.

¡Qué irónica podía ser la vida! Si Hannah hubiera sabido antes que sería feliz

como lo era ahora en los brazos de Michael cada noche, nunca habría huido de él.

Después de meses, le había llegado el arrepentimiento y era porque nunca pensó que detrás de esa falsa apariencia de hombre frío de negocios, aquel que era implacable y totalmente vengativo como alguna vez escuchó decir a uno de sus empleados, se escondía un hombre totalmente cariñoso y sensible. Michael no había demostrado ninguna de esas cualidades en los dos años de relación que ambos tuvieron antes de contraer matrimonio y Hannah siempre se había preguntado ¿Por qué? Lo mejor para ella era olvidara todo eso, después de todo tenía una nueva vida con él.

Terrance, el hermano mayor de Hannah había salido de prisión hace 1 mes, pero parecía que su comportamiento no había cambiado del todo. Seguía siendo el mismo irresponsable de siempre y lo peor era que aún tenía los mismos vicios que lo habían condenado a cometer un fraude. Las mujeres, el juego y la bebida eran su perdición. Sin embargo, desde algún tiempo, su hermana había comenzado a sospechar que detrás de sus actos inconscientes y que su actitud violenta tenían que ver ciertas sustancias. Hannah lo sabía y no necesitaba la confirmación de algún médico, no había puesto el tema sobre la mesa por no preocupar más a su madre, pero debía actuar rápido y ayudar a su hermano cuanto antes o de lo contrario sería demasiado tarde.

— ¿Qué te sucede? — le preguntó Michael, que la había estado observando desde hace un buen tiempo —. Estás muy tensa hoy ¿Te molesta algo? ¿Te sucedió algo en el trabajo? — encarnó una ceja.

— No es nada, Michael, sólo tengo mucho trabajo. — intentó sonar convincente mientras se incorporaba a la cama junto a él.

— Sabes que puedes decirme lo que sea, Hannah, cuentas conmigo y siempre tendrás mi ayuda, porque te amo más que a mi propia vida, lo sabes, ¿verdad? — Él la tomó de la barbilla, haciendo que ella lo viera directamente a los ojos.

— Lo sé, Michael. — En el rostro de Hannah se dibujó una media sonrisa, que por alguna razón lo inquietaba, para el griego, ella ocultaba algo.

— Está bien. — fue lo único que le dijo, no quiso insistir, pero eso no significaba que estuviese convencido de que nada le sucedía.

— Que pases una buena noche, Michael. — Hannah acarició su rostro y recibió un beso en la frente por parte de él.

— Tú también, Hannah.

La señora Dikoudis no había podido dormir en toda la noche y su esposo lo había notado, pero no quiso decir nada, no quería interrogarla y menos molestarla más de lo que sus pensamientos ya lo hacían. Tarde o temprano ella misma decidiría contarle qué era lo que le atormentaba. Por la mañana, Michael partió a su oficina, seguido por Hannah que también salió a trabajar, afortunadamente para ella el día pasó muy rápido, después de salir de la editorial, ella fue directamente al apartamento de su madre para tener una pequeña charla sobre el estado de Terrance. Hannah trató de ser lo más delicada posible para no provocar que Melissa se enfermara, eso era lo que menos quería. Lo bueno que su madre tomó todo con serenidad y junto a su hija llegaron a una conclusión, persuadirían a Terrance para que aceptara su problema y se interne en un centro de rehabilitación. Lo harían a penas él llegara al apartamento, pero las horas pasaron y nunca llegó. Melissa cansada de esperar y más que preocupada por su hija, le ordenó que se fuera a casa y le dijo que ella hablaría con Terrance, como era de esperarse Hannah se negó y le hizo prometer a su madre que hablarían ellas dos con Terrance otro día, claro uno no muy lejano.

La muchacha se despidió de su madre y salió del lugar, pero no se había percatado que tenía más de 20 llamadas perdidas de Michael, Hannah supuso que estaría preocupado por ella, ya que era medianoche y no había llegado a casa. Ella tomó el teléfono y llamó a Michael, no quería preocuparlo más.

— ¿Hannah? — dijo Michael al otro lado del teléfono —. ¿Dónde has estado? Te he llamado más de 20 veces. — Él se escuchaba desesperado más que irritado.

— Lo siento mucho, estuve con mi madre después del trabajo. Teníamos un asunto muy importante pendiente, te contaré todo cuando vuelva a casa, lo prometo.

— Creo que tenemos que hablar, ¿en cuántos minutos crees que llegarás? — le preguntó.

— Es posible que en media hora.

— Entonces te esperaré despierto, tengo una sorpresa para ti.

— ¿La tienes? — inquirió con un tono de emoción.

— Así es. — afirmó —. Nos vemos en casa, cariño.

— Está bien, Michael.

— Muero por verte pronto, hablaremos luego. — dijo Michael.

— ¡Espera, Michael! — lo detuvo antes que cortara la llamada.

— ¿Qué sucede? — contestó el griego sorprendido.

— Te amo.

— Yo también, Hannah y siempre lo he hecho.

Hannah cortó la llamada en un suspiro, ella estaba más que contenta que Michael tuviera una sorpresa para ella ¿Qué sería? Se preguntó. Sólo de imaginarla sonreía como una niña con una muñeca nueva.

Ella siguió conduciendo con la intención de llegar a casa, pero de pronto un carro que iba en la misma dirección que ella, perdió el control, golpeando el auto de Hannah y provocando que ella se estrellara junto al puente por el que pasaba todos los días.

Los minutos que su esposa había señalado habían pasado y ella no había llegado. Había transcurrido más de 2 horas en las que Hannah había hablado con él por última vez. Michael estaba desesperado y una extraña sensación en su pecho no dejaba de agobiarlo, él sabía que algo no estaba bien. Marcó el número de Hannah, una y otra vez, pero ella no contestaba, ni nadie lo haría.

— ¡Hannah! — gritó y golpeó fuertemente con su mano formada en un puño la mesa de noche que encontraba al lado de su cama. Una brisa fría recorrió el cuerpo de Michael Dikoudis mientras recordaba

la última palabra que Hannah le había dicho antes concluir esa conversación de teléfono.

## Capítulo nueve

Afortunadamente Hannah salió ilesa del aparatoso accidente que tuvo, Michael permaneció a su lado para cuidarla y protegerla de la forma en la que sólo él sabía y podía. El médico le indicó a Hannah que se tomara unos días de descanso debido a los golpes que se dio en el brazo y en las piernas, nada de gravedad en realidad.

Ya había pasado una semana desde entonces y la pequeña castaña estaba lista para regresar al trabajo al igual que Michael. De alguna manera, Terrance se había preocupado por su hermana, ya que en caso que ella le faltase ¿Qué sería su vida? Era consciente que nadie velaría y se preocuparía tanto como ella y su madre por él, por esta razón, había decidido internarse en un centro de rehabilitación. Hannah sólo esperaba que su único hermano pudiera curarse de esa terrible enfermedad, la cual podía acabar con su vida.

— ¡Michael! — llamó la castaña a su esposo. Ella había regresado de visitar a su madre, puesto que los sábados Hannah acostumbraba a hacerlo.

Pero no hubo respuesta.

— ¡Michael, ya estoy en casa! — volvió a llamarlo, pero no escuchó respuesta por parte de él.

Hannah subió los escalones del recibidor con dirección a su alcoba, pero él no estaba allí. Todo esto era tan extraño, porque sabía que él estaba en casa, el mismo griego se lo había dicho antes de que ella partiera al apartamento de Melissa.

Hannah decidió buscarlo en la biblioteca, pues era el lugar predilecto de Michael, lugar donde trataba de negocios, el mismo donde hacía el trabajo de la oficina, pero tampoco estaba allí ¿Dónde estaría? Se preguntó, en un abrir y cerrar de ojos, su mente se iluminó y le mostró el lugar donde se encontraba su amado, él estaba dentro de su at elier.

Por m as extraño que parezca, Michael Dikoudis, el griego implacable y serio, amaba la pintura. Cuando compr  la casa donde actualmente Hannah y él residían, su única petición para el agente fue que la casa sea de un tamaño regular y acogedora; el cual fue el pedido de su ahora esposa en realidad, y el segundo y último fue que tuviera un pequeño taller con vista al jardín.

Aquel lugar era donde Michael se alejaba de la realidad, cuando estaba en casa pasaba tiempo con Hannah y después lo que quedaba del día, lo pasaba pintando. Hace algunos días, él estaba tan entusiasmado por enseñarle a su esposa una pintura que había hecho de ella, Hannah no lo sabía aún, pero él se había dedicado a pintarla cada vez que ella tomaba un poco de sol en el patio.

— ¡Michael, aquí estabas! — suspiró ella agotada —. Te estuve buscando por toda la casa.

Pero él ni siquiera se inmut , tampoco pareció haberla escuchado.

— Estuve conversando con mamá y me dio a entender que podría...

—  Cu nto tiempo me has estado engañando? — El tono de su voz era frío y sus ojos estaban más oscuros que nunca.

—  Engañando? — replicó Hannah desconcertada —  De qué hablas, Michael? — le pregunt  más asustada que confundida.

El griego en un ataque de furia, la tomó de ambos brazos con fuerza, lastimando la delicada piel de su esposa.

— ¡No sé de lo que hablas! — negó ella.

Michael deshizo su agarre y la soltó con brusquedad para explicarle lo que sucedía.

— Te di toda mi confianza y todo mi amor, — resopló con amargura —, y al leer tu diario descubro que todo tu amor y todas aquellas palabras dulces que solías decirme después de habernos casado, eran puras mentiras.

— ¿Tú, leíste mi diario? — se mostró sorprendida.

— Para enterarme que aún después de casarte conmigo sigues amando al único y verdadero amor de tu vida, al idiota del jardinero. — señaló con rencor. Sus ojos tenían una llama diferente, la del mismísimo infierno.

— Déjame explicarte todo, Michael. — dijo Hannah con miedo. Lo que su enfurecido esposo había expuesto no era verdad, quizás sí lo era, es decir, lo fue en algún momento.

— ¡No quiero que expliques nada! — sentenció —. Y pensar que te veía como un ángel y como lo mejor que había sucedido en mi vida, pero me equivoqué. — Era raro ver a Michael Dikoudis llorar. Él estaba dolido, decepcionado y se sentía traicionado por la única mujer que había amado.

— Michael, por favor...— Las lágrimas de Hannah eran incontrolables.

— ¡Nada! — sentenció por última vez antes de destrozar con una cuchilla la pintura que había hecho de su esposa.

Hannah veía como la furia de Zeus se había encarnado en él, la pintura que hizo el griego era preciosa, nunca imaginó que él pudiera pintar algo así. En un arrebato y sin pensarlo, la muchacha se acercó a él, intentando arrebatarse la cuchilla de sus manos, ella quiso evitar que termine con la pintura que

había hecho especialmente para ella, pero durante el forcejeo Michael llegó a herir a Hannah.

— ¡Hannah! — Él soltó violentamente la cuchilla al ver sangre en sus delicadas manos. Las manos del griego también estaban manchadas con ella, al igual que su orgullo.

# Capítulo diez

Los pedazos de la pintura que Michael hizo para Hannah yacían sobre el suelo. Él había destrozado el amor que ambos se tenían por una absurda falta de confianza, confianza que su esposa había llegado a tener en él, pero que evidentemente el griego nunca tuvo en ella.

Habían pasado tres meses desde ese incidente, Hannah no huyó como lo hizo la última vez, sino todo lo contrario, ella estaba viviendo con su madre en el apartamento que le había comprado antes de casarse con Michael.

Hannah estaba extrañada aún, porque los papeles del divorcio con los que Michael la amenazó aquel día que ese cuento de hadas que estaban viviendo terminó, nunca llegaron. Él se había negado a escucharla a hablar, a explicarle la verdad, pero una vez más, su ira había sido más poderosa que la razón. Con todo eso también acabó la posibilidad de formar una familia juntos; Michael nunca se enteraría que se convertiría en padre, ya que Hannah estaba esperando un hijo suyo, el mismo que ella criaría sola, pues no pensaba exigirle nada.

— ¿Mamá? — Hannah llamó la atención de su madre, la cual estaba leyendo un libro sobre la cama.

— Dime, cariño. — dijo Melissa dejando el libro sobre el velador.

— ¿No ha llegado ningún documento para mí? — preguntó. Ella se refería a los papeles del divorcio que había estado esperando todo este tiempo.

Melissa sacudió la cabeza en negación.

— Entonces no ha cumplido con su amenaza. — murmuró Hannah intrigada.

— ¿Todavía tienes la esperanza que se haya arrepentido? — inquirió su madre con una expresión de preocupación, pues ella sabía que su

hija finalmente se había enamorado de Michael y le había dolido separarse de él.

— La verdad no, — contestó, llevándose una mano al pecho —, dudo mucho que haya perdonado mi supuesta infidelidad. — suspiró —. Tal vez Michael jamás llegue a saber que no lo engañé y que todo lo que escribí en mi diario fue mucho antes de casarnos, cuando aún estaba enamorada de Luke, pero en fin, ya nada se puede hacer. — Hannah se encogió de brazos.

— ¿Y qué ocurrirá con tu hijo? — mencionó Melissa, mientras observaba el vientre de su hija —. Sabes muy bien que ese niño necesita de una figura paterna, de un padre que lo proteja.

— Yo también puedo protegerlo, después de todo seré su madre. — Aunque Hannah no había querido sonar como si estuviese a la defensiva, lo había hecho.

— Pero los hijos siempre necesitan de un padre y de una madre.

— Lo sé, pero creo que no será el caso. Además, Michael nunca creería que estoy esperando un hijo suyo. — señaló.

— Es una situación difícil, ¿qué harás, hija? — La observó con ternura.

— Seguir trabajando y divorciarme de Michael, si él no emite los papeles del divorcio, lo haré yo.

La conversación con su madre le había servido. Sin embargo, el tema de que su hijo no tendría un padre, sólo hacía que sufriera, ya que un niño que no tenía a su padre al lado, podía sufrir mucho, pero aun así, ella estaba dispuesta a darle todo su amor a su futuro hijo o hija.

Hoy era sábado y Hannah había tenido que trabajar hasta medio día, debido a que había mucho que hacer en la editorial. Luke había venido a recogerla al trabajo, él estaba al tanto de lo que ocurría en la vida de la muchacha, después de todo era su amigo al igual que Whitney.

Ambos tomaban un helado y estaban cerca del edificio donde vivían ella y su

madre, el mismo que quedaba muy cerca al lugar donde trabajaba. Luke estaba feliz de volver a verla y Hannah también a él. A pesar de haber tenido una relación hace muchos años, los dos se guardaban mucho cariño, claro que como amigos.

— ¿Y cuántos meses de embarazo tienes? — preguntó Luke, acariciando su vientre.

— Cuatro. — le respondió con una sonrisa.

— ¡Vaya! — exclamó —. Es increíble, parece que no estuvieras embarazada.

— Lo mismo me dijo Whitney y lo más sorprendente es que no tengo ningún síntoma, y por esta razón creo que tendré un niño muy bien portado. — sonrió la castaña con esa sonrisa tierna que la caracterizaba. Ella estaba muy emocionada por convertirse en madre.

— ¿Y qué hay de Michael? — preguntó con cautela.

— Lo criaré sola. — declaró muy confiada —. Michael ya no está en mi vida, ni lo estará más.

Ambos detuvieron su paso antes de entrar al edificio. Cruzaron miradas y Luke no pudo evitar sonreír, él se acercó a la muchacha y acarició su rostro con ternura, y finalmente depositó un beso en su frente.

— Sabes que eso no está bien, Hannah. — susurró.

— Estoy consciente de eso, pero es lo único que puedo hacer. — le explicó —. No le diré a Michael que espero un hijo suyo tan sólo para retenerlo a mi lado. Además ¿Cómo viviría con un hombre que firmemente cree que le fui infiel y que nunca lo amé? — cuestionó —, es imposible. — finalizó. Sus ojos verdes derramaron algunas lágrimas.

— No llores, ese hombre no lo merece. — musitó Luke abrazándola, reconfortándola —. Sé que no es el mejor momento, pero si tú quisieras y me lo pidieras, yo podría quedarme a tu lado. Yo podría hacerlos feliz, a ti y a tu hijo, yo podría ser el padre que a tu hijo le

hace falta. — Este repentino ofrecimiento sorprendió a Hannah, ya que había sonado como una confesión tardía. Nunca imaginó que él pudiese amarla aún.

— Luke. — murmuró Hannah suavemente.

— ¡Shhh! No digas nada, Hannah, dejemos que el tiempo decida sobre nuestras vidas, sobre nuestro futuro, porque realmente espero que tengamos uno juntos. — Él seguía abrazándola —. Ahora Hannah, terminemos el helado, porque de lo contrario, terminará por derretirse.

Hannah sólo asintió e hizo lo que más le gustaba a Luke, ella *sonrió*. Lo que ambos ignoraban es que alguien muy importante los observaba desde lejos y ese alguien era Michael, quien tenía más de una señal de arrepentimiento en su rostro. Sabía que había malinterpretado las cosas, sabía muy bien que se había equivocado y que había herido a su esposa.

¿A qué había venido?

¿Qué es lo que quería de ella ahora que sabía el secreto que había estado ocultando todos estos meses?

Porque el griego estaba más que enterado e informado de su estado y no podía estar más feliz por convertirse en padre.

Tendría una familia con *ella* y por esta razón, no estaba dispuesto a renunciar a su esposa.

## Capítulo once

Él estaba aquí, Michael se encontraba en su apartamento, había venido a verla.

Aunque pareciera irreal, no lo era, lo mejor era no hacerse falsas ilusiones, quizá él tan sólo había venido a dejarle finalmente los papeles del divorcio y conociéndolo tan bien como lo hacía, tal vez Michael Dikoudis ya tenía todo listo y resuelto. Hannah sólo tendría que firmar y su matrimonio quedaría totalmente disuelto.

— Debo suponer que vienes a que firme los papeles del divorcio, ¿no? — mencionó Hannah sin verlo —. Pasa, no te quedes en la puerta, ya que así no podré firmarlos.

Michael la observó incrédulo, era la primera vez que se quedaba sin

voz. Él entró al apartamento y Hannah cerró la puerta tras su ingreso.

— ¿Tantas ganas tienes de divorciarte de mí? — preguntó Michael. Él intentó esconder su tristeza.

Hannah estaba confundida con sus palabras.

— Sólo estoy cumpliendo uno de tus deseos, ¿divorciarte de mí no era lo que más querías? — inquirió —. El señor Michael Dikoudis no puede seguir teniendo una esposa infiel como yo, por la misma razón, te estoy facilitando las cosas, Michael. — Hannah tomó asiento en uno de los sillones de la sala e intentó sonar lo más serena posible, no podía quebrarse, no ahora. —. Creo que es hora, entrégame los papeles de una vez.

— Hannah, — pronunció su nombre firme, pero con cierta melancolía —, no he traído los papeles del divorcio conmigo. Vine, porque tenía otras cosas pendientes que platicar contigo.

— ¿Cosas pendientes? ¿Cómo cuáles? — replicó —. Que yo recuerde nosotros ya teníamos todo dicho.

— No todo.

— ¿A qué te refieres, Michael? — La castaña estaba desesperada quería que Michael hablara. Una parte de ella deseaba que él volviera con ella y que le pidiera perdón, pero tampoco su orgullo le permitiría aceptarlo de nuevo. Además, muy en el fondo sabía que él no había venido a eso.

— Ante todo... ¿Qué demonios hacía el jardinero de Luke aquí? — El tono áspero de Michael había regresado, el griego estaba celoso —. Y no trates de negarlo, Hannah, porque los vi juntos.

Ella palideció, pero no se tomaría la molestia de explicarle todo, ya que para él, ella seguía siendo una traidora infiel.

— ¡Ah, Luke! — exclamó con calma —. Sí, él estuvo aquí, pero no tengo nada más que decirte, — contestó —, y te ruego que te refieras a él con respeto. Luke no es jardinero, es ingeniero y además es mi

amigo. — Esto último sorprendió a Michael enfureciéndolo más.

— ¡Ahora lo defiendes! — gritó.

— Tus gritos son innecesarios y si te vas a comportar de una manera tan infantil, es mejor que te vayas.

— ¿Me estás echando? — No podía creerlo, ella estaba echándolo.

— Sí, — afirmó —, ahora, por favor, retírate. — le ordenó, abriéndole la puerta.

— Hannah, no puedo irme sin que hablemos de nosotros. — dijo el griego con la expresión más suave que alguna vez había tenido en el rostro.

— No hay un nosotros, Michael, — refutó Hannah —, todo acabó cuando me acusaste de ser infiel y sin pruebas.

— ¡Pero yo leí tu diario! — *Allí estaba de nuevo*; la ira, los celos y el viejo Michael Dikoudis, tan explosivo como siempre.

— Ya te dije que ese diario existía mucho antes que nos casáramos. Es del tiempo en el que Luke y yo éramos novios y que tuvimos que terminar nuestra relación por la presión de mis padres, los cuales me obligaron a que estuviera cerca de ti, ¿lo recuerdas? — le explicó aunque no había querido hacerlo, había terminado haciéndolo.

— No lo sabía, — dijo apenado. Michael respiró profundamente y tomó las manos de su aún esposa —, perdóname, nunca quise herirte. Sabes lo celoso y testarudo que puedo ser, Hannah, yo te amo, intentémoslo por nuestro hijo. — le pidió con una expresión suave y sublime.

— ¿Cómo...cómo lo supiste? — tartamudeó, la voz de la castaña era temblorosa. Los que conocían bien a Hannah, hasta incluso el propio Luke, le habían mencionado que no se le notaba el embarazo.

¿Cómo es que Michael se había enterado?

— Porque, querida Hannah, yo lo sé todo. — finalizó, depositando un

beso en sus labios.

## Capítulo doce

Habían transcurrido algunos días desde que Michael visitó a Hannah con la intención de expresar su pesar, es decir, su intento de disculpas. Hannah creía que lo mejor era guardar distancia del griego por su bienestar y la del hijo que esperaba. Ella no quería tener ninguna discusión con él, ni tampoco volver a su lado aunque se moría por hacerlo, según la castaña, volver al lado de Michael sería difícil y tomar una decisión definitiva sería una de las más difíciles que ha tomado en mucho tiempo.

Hannah Monroe tenía que tomarse las cosas con calma.

*Y en cuanto a Michael*, él tendría que enfriar el volcán a punto de estallar, puesto que el remordimiento y el dolor no se habían apartado de su corazón desde que sacó a su esposa de su vida por equivocación. Por otro lado, Luke estaba más que dispuesto a seguir al lado de su amada Hannah, él quería de alguna manera recuperar el cariño y amor que se habían tenido ambos cuando eran adolescentes, pero tenía que ser consciente que habían pasado casi 9 años desde que fueron unas crías de 17 y que quizá no había vuelta atrás en el tiempo. Tal vez ese ciclo se había cerrado y Luke tendía que averiguarlo por su cuenta.

— ¿Podríamos hablar al respecto de nuevo? — Era Michael al teléfono, quien intentaba convencerla de que lo aceptara y que formaran una familia —. Hannah, tenemos una familia, no dejemos que una tontería nos separe, sabes lo mucho que significas para mí,

como también sé que soy el culpable de nuestra separación.

— Michael, ya hemos hablado, necesito un poco de tiempo. Tomar una decisión definitiva no es así de fácil. Además, sabiendo que siempre vas a desconfiar de mí.

— Pero Hannah, yo te amo y quiero lo mejor para nosotros y nuestro hijo...— Como por arte de magia, un llamado al apartamento de Hannah había pausado la declaración del griego.

— ¿Crees que puedas esperar un minuto o quizás dos? — le preguntó —, iré atender la puerta.

— Está bien, ve.

¿Quién habría imaginado que detrás de la puerta estaba dos repartidores con unos arreglos florales gigantes? Hannah recibió todos, agradeció a los dos hombres, claro que después de entregarle respectivamente una propina a cada uno de ellos y posteriormente cerró la puerta. La linda castaña no había contado con que su aún esposo había escuchado la breve conversación que tuvo con los hombres responsables de entregarle los arreglos.

— ¿Michael? — dijo, retomando nuevamente la llamada telefónica.

— ¿Te gustaron las flores? — Su descarada risa se escuchó en el teléfono.

— ¿Tú mandaste los girasoles y las rosas? — preguntó curiosa.

— ¿Girasoles? — replicó Michael.

¿De qué girasoles hablaba Hannah?

— ¿Qué girasoles? Yo sólo te mandé rosas, debe ser un error. Tal vez mi asistente se equivocó o quizá sea culpa de la florista.

La muchacha se acercó a ver la tarjeta que traían los girasoles y lo curioso fue saber que Luke era quien había enviado los hermosos girasoles, expresándole sus mejores deseos.

Mi querida Hannah,

Sabes que tienes todo mi amor y siempre estás en mis pensamientos.

Mis mejores deseos el día de la consulta con el médico.

Espero que sea una niña tan linda como tú ¡Y claro que lo será!  
Tanto como la niña con la cual solía jugar cuando era pequeño, ¿aún lo recuerdas, verdad?

Con amor,

Luke.

— No fue un error de tu asistente, ni de la florería. — le aclaró.

— ¿Entonces? — cuestionó, Michael que estaba impaciente por conocer la identidad de la persona que le había enviado los girasoles a su esposa.

— Fue Luke quien me envió los girasoles, quería expresarme sus mejores deseos, ya que mañana es la consulta con el médico. — Hannah sabía muy bien que esto molestaría a Michael, pero no le importó, pues muy en el fondo le divertía que fuese de tal manera y después de todo, él se lo merecía.

Ahora Dikoudis tenía de qué preocuparse realmente.

— ¿Qué ese cretino se atrevió a enviarte flores?— explotó — ¡No se lo puedo permitir! — gritó.

— Sólo quería desearme lo mejor, como ya sabes, mañana sabré el sexo del bebé.

— Sabremos, — rectificó —, mañana pasaré por ti al trabajo y no

pienso escuchar un no por respuesta.

— Michael, yo...

— Nada, Hannah, — sentenció —, y en cuanto a ese cretino, yo me encargaré de que no vuelva a enviarle flores a mi esposa... ¿Quién demonios se cree que es?

— Lo de esposa está en discusión y respecto a Luke, él es y siempre será mi amigo, así que supéralo.

— Debes estar bromeando, ¿no?

— Para nada, Michael. — aseguró ella.

— Veremos eso luego, lo importante es que mañana sabremos si será un niño o una niña, — comentó con un tono eufórico, el cual intentó disimular por uno simplemente alegre —, aunque tengo la sospecha que será niña, es más, estoy muy seguro de ello.

— ¿Y eso te molesta? — Hannah no pudo evitar sonar susceptible, debido a la diferencia de géneros que siempre habían hecho en su familia. Siempre había sido todo para Terrance, porque él era hombre y ella quedaba de último, porque era mujer, algo totalmente injusto, ya que tanto, hombres y mujeres tenían los mismos derechos, no tenía por qué existir diferencia entre ellos, ¿no?

— Para nada, — respondió muy tranquilo —, es más, te confieso que siempre quise tener una hija. Estoy cansado que en la familia Dikoudis sólo sea de puros varones, ya es hora que una niña tome el apellido y estoy seguro que mi madre estaría más que feliz, ella siempre quiso una nieta también.

— Vaya sorpresa. — mencionó la dulce muchacha, muy feliz, pero también con un poco de alivio. Ella no quería que su hija, si es que fuese niña viviera lo mismo que ella.

— Es más, deberías ver las cosas que compré para ella, ya tengo todo preparado. — Michael estaba muy entusiasmado con la idea de tener un hijo, es decir una hija —. Incluso ya contraté una decoradora para

que se encargue de la habitación de nuestra futura hija. — Sí, quizá el griego se había entusiasmado mucho, quizá demasiado rápido.

— Pero si aún no sabes el sexo del bebé. — dijo su esposa sorprendida por la revelación de su marido.

— No es necesario, ya que los griegos tenemos un sexto sentido, lo verás con tus propios ojos mañana.

— Veremos si lo que dices es cierto. — rio dulcemente.

— ¡Oh, sí que lo es! — exclamó con una pequeña risa de felicidad.

Tal vez existía la posibilidad que todo entre ellos tuviera solución. El cielo les estaba regalando una nueva oportunidad, la misma que Michael no pensaba echar a perder por necio.

## Capítulo trece

— *“Los griegos tenemos un sexto sentido, ya lo verás con tus propios ojos mañana.”*

¿Era Michael Dikoudis una especie de adivino o mago?

Efectivamente él había acertado con el sexo del bebé, ambos tendrían una hermosa niña. Así lo indicó el doctor que hace unos meses empezó a atender a Hannah. El griego que había acertado, no pudo evitar salir de la consulta con una gran sonrisa, su deseo se había hecho realidad, el cielo le había cumplido su deseo, regalándole la dicha de ser padre y con la mujer que amaba, aunque ella todavía no lo había perdonado.

Tarde o temprano tenía que llegar a perdonarlo, ¿no?

— ¿No quieres tomar un helado? — preguntó muy pendiente de los antojos que podía tener una mujer embarazada.

Hannah no respondió, sólo reía por dentro, convertirse en padre había vuelto muy sensible al inquebrantable hombre de los ojos azules.

— ¿O quizás quieres un poco de pastel o cualquier otro postre? — sugirió.

— No te preocupes, estoy bien, no tengo apetito, ni nada por el estilo. — contestó, mientras ambos se dirigían al estacionamiento.

Michael dudó de la respuesta de Hannah, así que se atrevió a preguntarle una vez más.

— ¿Estás segura? — cuestionó —. Tengo entendido que las mujeres suelen tener más apetito o antojos cuando están en cinta. — Su tono de voz tenía mezcla de preocupación con la de una actitud muy sobreprotectora, provocando más que risas por parte de su esposa.

« Todo esto del embarazo te ha vuelto muy cursi, Dikoudis, si los otros pudieran ser testigos de lo que te has convertido ahora.» Rio amenamente.

Michael sólo la observó confundido y podría decirse que un signo enorme de interrogación estaba reposaba sobre su cabeza. Sin embargo, Hannah no pudo parar de reír.

Dikoudis que no entendía nada, ni siquiera el por qué la dulce castaña reía, se decidió a hacerle la pregunta:

— ¿Qué es tan gracioso? — preguntó, intentando sonar irritado, pero

resultó todo lo contrario, su tono había sido más infantil que maduro.

Hannah miró a su marido, pero se negó a hablar, pero no pudo evitar la risa que tanto lo había desconcertado.

El rostro de Michael se tornó de un tono rojo más oscuro, debido a la gracia que había despertado en su esposa.

¿Qué demonios había dicho para que ella no dejara de reír?

Según él, no había dicho nada malo, sólo le había hecho una pregunta con la intención de saber si estaba bien o necesitaba algo, Michael la miró fijamente y frunció el ceño levemente, estaba esperando una respuesta.

— ¿Qué? ¿Qué es lo ocurre? — inquirió.

La angelical castaña decidió finalmente hablar.

— No pienses que me estoy burlando de ti, Michael, — intentó contener la risa —, lo que sucede es que me inspira mucha ternura que te preocupes por esas cosas como los antojos del embarazo y todos esos temas, ni yo me había puesto a pensar en eso.

Michael parpadeó sin poder creerlo y todo este tiempo creyó que se había estado burlando de él.

— Por un momento pensé que te burlabas de mí. — admitió.

Hannah negó y sonrió dulcemente, provocando que Michael tomase una postura relajada y esbozara una gran sonrisa.

Estaba claro que su debilidad era su esposa y que cuando su hija naciera, lo serían ambas.

— En lo absoluto, ¿por qué lo haría? — La muchacha se encogió de hombros.

Por un momento el tiempo se detuvo ante los ojos del griego, quien hace algún tiempo tras separarse con Hannah, se dio cuenta de lo mucho que la amaba. Adoraba a esa castaña que le había robado el corazón cuando solía ser rubia; amaba su manera de reír, su manera de hablar, en resumen, amaba todo

lo que viniese de ella. Dikoudis estaba más que dispuesto a recuperar su amor y a obtener su perdón, así tuviese que arrodillarse y pedirle que no lo abandonara, Hannah lo valía.

No, Luke no tendría esperanzas.

¡Nunca! Sólo sobre su cadáver.

Hannah no tuvo que regresar ese día al trabajo, ya que había obtenido un permiso especial, por esa razón, Michael la había llevado a la consulta y también la llevaría a casa. Ambos se encontraban en el auto del griego, discutiendo el nombre que le pondrían a su hija.

— ¿Qué tal si la llamamos Georgia? — sugirió la madre de la criatura mientras acariciaba su vientre.

Michael posó una mano sobre el vientre de su esposa mientras que conducía con suma atención.

— A mí me gustaría que se llamara Alexis, — comentó —, es un nombre muy hermoso, además de ser de origen griego. — agregó.

A pesar que Michael había nacido en Los estados unidos, era mitad americano por parte de madre, pero era más muy apegado a sus raíces griegas gracias a su padre. Quizás esa era la verdadera razón de su gran deseo por darle ese nombre a su hija.

— ¿Es decir que tú piensas escoger el nombre de nuestra hija? — Hannah intentó debatir de manera pacífica.

— Si me lo permitieras. — Él quiso chantajearla con una de esas sonrisas diabólicamente bellas que tenía.

Y lo había logrado.

— Me pregunto a cuántas habrás convencido con esa encantadora sonrisa tuya. — mencionó Hannah con intriga, se había hecho la misma pregunta en varias oportunidades, pero nunca tuvo el valor de preguntárselo hasta ahora.

Michael inhaló y exhaló.

— ¿Estás celosa ahora de las sonrisas que esbozo, querida Hannah?

— Ahora era Michael quien se reía divertidamente.

Hannah lo estaba, pero no lo reconocería, porque sabía que Michael terminaría por disfrutar sus celos.

— No, es imaginación tuya. — se defendió ella, cruzando los brazos.

Estaba celosa, el hombre de los ojos azules pudo confirmarlo por los gestos, esos gestos que conocía tan bien.

— Me encanta cuando te pones celosa, — musitó con voz ronca —, no hay nada mejor que tu esposa te cele. — mencionó con ironía.

— Ríe mientras puedas, Dikoudis. — respondió, fingiendo molestia.

— Ya no te molestes, querida, — logró decir sin quitar los ojos del volante —, sabes que siempre he tenido ojos solamente para ti, Hannah.

Michael desvió su mirada hacia ella después de estacionar el vehículo, pues finalmente habían llegado al apartamento de Melissa.

Ella lo miró enternecida, pero no pensaba mostrar debilidad por él.

— Hannah, — consiguió decir en un susurro. Su voz era suave y dulce —, regresa a casa, me haces falta. — añadió.

Hannah quería regresar con Michael, ya que lo amaba, pero más que su orgullo, pesaba su inseguridad. Dikoudis era un hombre muy celoso y lo que menos quería después de que su hija naciera es que hubiera más líos entre ellos.

— Démonos un tiempo. — Al escuchar esto, Michael se decepcionó, pues pensó que Hannah volvería a él no sólo por el amor que le tenía, sino también porque tendrían una hija, una bendición del amor tan grande que aún existía entre ellos.

— Pero nos amamos, ¿por qué tenemos que esperar más? — insistió

con dolor. El dicho que hasta el hombre más fuerte se enamora y llora era totalmente cierto, Michael era uno de ellos —. Además, tenemos una hija hermosa que nacerá dentro de poco, ¿no te parece una razón suficiente?

— No, no lo es, — replicó —, pero detesto pelear por tus celos sin razón, detesto que siempre desconfíes de mí por lo que hubo entre Luke y yo. No quiero que eso nos termine por separar y que nuestra hija sufra en un futuro. — argumentó.

— Eso no pasará. — dijo con mucha seguridad, como si tuviera una bola de cristal y pudiera ver el futuro.

— Ninguno de los dos lo sabemos. — La dulce castaña estaba en lo cierto, ninguno sabía lo que pudiese suceder en el futuro —, es mejor que sólo llevemos una relación de padres hasta que nuestra hija nazca y cuando ese tiempo haya llegado decidiré qué es lo mejor para todos. — aclaró con firmeza, Hannah no quería flaquear, debía pensar bien las cosas.

— Y...— dijo, él quería escuchar algo que pudiese asegurarle que ella volvería con él y no con Luke que quería su amor como alguna vez lo tuvo. Él quería casarse con Hannah y criar a su hija.

¡Imposible! ¡No lo permitiría! Hannah le pertenecía y sólo él podía ser el padre esa niña que ella esperaba.

— Y veremos si para ese entonces, todavía queda algo de amor entre tú y yo.

Michael reservó su opinión, sólo asintió y espero que el tiempo y Dios decidieran el futuro que ambos tendrían.

¿Les esperaría la felicidad o una separación que duraría *toda la vida*?

# Capítulo catorce

**Tres meses después**

— “Y veremos si para ese entonces, todavía queda algo de amor entre tú y yo.”

Cada vez que Hannah pensaba en la conversación que ella y Michael habían tenido en su auto, una especie de escalofrío recorría su cuerpo, una clase de sentimiento melancólico que no podía evitar sentir y que ya había sentido antes. *¿Se trataba de una mala señal?*

— Quizás no debería pensarlo demasiado. Además, ya casi llega la fecha para cumplir la promesa que hice. — dijo para ella misma.

Y así era, muy pronto llegaría la fecha en la que su hija nacería y Hannah tendría que decidir finalmente si regresaría con su aún esposo o le daría una oportunidad a su amor de la adolescencia, Luke. Una de las opciones que también tenía, era la posibilidad de permanecer sola con su hija, ya que no necesitaría de un hombre a su lado para salir adelante.

Lo único cierta era que Hannah aún amaba al griego.

*¿Pero qué es lo que sentía por Luke?*

Era innegable que le tenía un cariño muy especial, pero no necesariamente se trataba de amor, al menos del mismo tipo que sentía por Michael Dikoudis.

*¡Vaya que tenía mucho que pensar!*

Por más que Hannah Monroe deseaba estar tranquila, no podía. Terrance, su hermano que había salido de la clínica de rehabilitación hace un par de semanas, había vuelto a consumir alcohol y ciertas drogas a pesar de haber recibido un tratamiento de tres meses. Nuevamente él estaba echando su vida por la borda, destruyéndose él mismo y las oportunidades que tendría como profesional después de haber culminado el tratamiento.

Hacía una semana que Hannah buscaba desesperada a su hermano, pues no contestaba las llamadas y no había regresado a la casa que compartía con su madre y hermana. Tanto Hannah como Melissa estaban muy preocupadas, era claro que Melissa más que su hija; ya que naturalmente la madre era ella. Sin embargo, Melissa no sólo estaba preocupada por su irreverente hijo; sino también por su hija, quien ya tenía 7 meses de embarazo y muchos problemas

para preocuparse por un hermano poco considerado como lo era Terrance.

— Gracias por venir, Luke, — dijo la castaña, cerrando la puerta tras su ingreso al apartamento —, toma asiento... ¿Supiste algo de él? — El tono de preocupación en su voz era evidente.

Melissa se acercó a Luke, esperando que él le diera una pista o respuesta sobre su hijo, pero a juzgar por la expresión que él tenía en el rostro, Hannah pudo deducir que Luke no sabía nada de él.

Ni una pista, nada sobre Terrance.

— ¿Por qué es tan ingrato? — No era un reproche, sino un lamento de madre —. Es claro que nunca le hemos importado. — sollozó Melissa, ella se sentía muy culpable por la actitud tan despreocupada de su hijo, puesto que ella siempre consintió que él hiciera su voluntad.

— Mamá, debes estar tranquila, ya verás que él va a aparecer. — Por más que Hannah tratara de consolar a su madre, era imposible.

Melissa sufría por su hijo y ese dolor sólo lo conocía ella, pues era amor de madre; el mismo que Hannah sintió por primera vez desde que supo que también se convertiría en madre. Ese amor incondicional, que también desencadenaban otros sentimientos como la ternura y también la preocupación y el poder de presentir cuando tu hijo estaba en peligro.

Nadie podía entender cómo se sentía Melissa, excepto ella.

— ¿Aló? — Luke había contestado el teléfono, mientras Hannah consolaba a su madre —. Así es... ¿Cómo sucedió? — El rostro del apuesto joven se tornó triste.

De pronto el silencio invadió el recibidor.

— Entiendo, les avisaré, — pasó una de sus manos por su rostro —, gracias. — ¿Cómo les daría la noticia?

La castaña temió lo peor al ver la expresión del muchacho. No dejó de abrazar a su madre, al contrario lo hizo más fuerte.

— Habla, Luke. — Ella asintió, dándole a entender que podía resistir la noticia.

— Tú y tu madre tienen que ser fuertes, — moduló su tono a uno más compasivo y tierno —, ya encontraron a tu hermano y está internado en el hospital por una sobredosis.

— ¡No, mi hijo! — El grito de pánico de la madre de ambos llenó la habitación y los sollozos no cesaron.

— Mamá, cálmate, ya verás que Terrance estará bien. — intentó animarla, pero muy en el fondo Hannah sabía que quizá su hermano no saldría de esta.

Luke llevó a ambas al hospital central, donde Terrance estaba internado. Una vez allí, una enfermera les explicó la situación crítica por la que pasaba su hermano y que había sido encontrado en un cuarto de hotel.

Melissa no dejó de llorar por Terrance, exigió verlo, pues conociendo su situación, quizás ella no tendría mucho tiempo para verlo aún con vida. La enfermera les informó que sólo una persona podía pasar por el momento, Hannah permitió que su madre vaya a verlo primero, pero fue sorprendida por la trabajadora cuando le informó que Terrance quería hablar con ella y con urgencia.

Una vez que la muchacha entró y vio el estado triste y crítico en el que se encontraba su hermano, no pudo evitar esbozar unas lágrimas. Terrance estaba peor de lo que imaginó, su cuerpo y rostro ya casi no tenían vida. Aunque él no podía hablar mucho, Terrance tenía una necesidad de pedirle perdón a su única hermana.

— ¿Me perdonas? — Tenía la mirada apaga, sus ojos verdes no brillaban más.

— Claro que sí, tonto, si eres mi único hermano. — llevó una mano al rostro del muchacho y secó sus lágrimas, y después hizo lo propio con las suyas. Presentía que al mayor de los Monroe no le quedaba mucho tiempo.

— Gracias, — le dijo con un tono suave y tenue —, y realmente

deseo que seas feliz con la pequeña que tendrás, ¿lo harás, Hannie? — apretó la mano de su hermana con fuerza.

Ella asintió con una pequeña sonrisa entre tantas lágrimas.

— Me alegro, — Terrance también esbozó una sonrisa, pero una débil —, y no olvides decirle a mamá que me perdone por todo lo que les he hecho pasar. Perdóname por haberte hecho pagar por todos mis errores, Hannah, se supone que yo era tu hermano mayor y debería haber visto por ti siempre y no al revés. Siempre fui una clase de carga para ti. Además, siempre supe que tú eras la única de la familia que valía la pena, pues nunca te importó el dinero.

La castaña no dejaba de morderse los labios, ya que de esa forma podía evitar llorar más. Su único hermano estaba muy grave y a punto de morir.

— No tienes nada de qué preocuparte, se lo diré y en cuanto a ser una carga para mí, yo nunca lo sentí así. Además, tú eres mi hermano favorito. — sonrió.

— Y él único que tienes. — señaló él con cierta chispa.

— Sigues siendo tan celoso conmigo, como cuando éramos niños. — le recordó Hannah.

— Después de todo eres mi única hermana, Hannah banana. — Ella no lo había visto sonreír así desde que eran niños.

Hannah se acercó a él y depositó un beso en su frente sin saber que al apartarse de él, lo encontraría con los ojos cerrados y sin pulso.

— No juegues conmigo, Terrance, — mencionó —, ya no somos niños para seguir con esta clase de juegos. Vamos ya, abre los ojos. — le ordenó, pero no consiguió nada. Sus ojos se llenaron de lágrimas, ella sabía que no se trataba de un juego, había entendido que Terrance se había ido *para siempre* al igual que su padre.

Esta era la última vez que vería a Terrance al igual que Melissa, ¿qué es lo que su madre haría cuando supiera que su hijo preferido había muerto?

# Capítulo quince

## Un mes después

Terrance había muerto hace más de un mes, pero la pena aún se sentía en la casa de Hannah. Melissa quiso negar la muerte de su hijo tantas veces, pero de nada le sirvió, supo que tenía que resignarse.

El embarazo de Hannah iba excelente, hasta que sintió unas contracciones cuando estuvo camino a casa. Su médico le dijo que era normal, ya que no todas las primerizas llegaban al noveno mes de gestación, en algunos casos el parto podía adelantarse y el día había llegado para ella.

Un desesperado Michael Dikoudis llegó a la clínica donde habían internado a Hannah, esperando que los doctores atendieran el parto en el que nacería su hija. El griego estaba tan emocionado, como paranoicamente nervioso por ambas; Michael no veía las horas que todo este tiempo de espera terminara y pudiera ver finalmente a su hija y a su esposa sanas y salvas. ¡Quién lo habría imaginado! Nadie habría imaginado que ese hombre terco y frío que aparentaba ser Dikoudis, se había convertido en un hombre tan sensible y tierno.

En la sala de espera también se encontraba Melissa y Luke, esperando a que el doctor saliera de la sala de parto y les informara que la niña y Hannah se encontraban bien. Michael, como hombre celoso que era, no dejaba de

enviarle mensajes subliminales a Luke, dejándole muy claro su posición allí; el esposo y el padre era él y Luke nunca tendría a Hannah, ni a su hija, eso jamás.

Después de horas de espera tras el parto y la recuperación de la joven madre, su médico finalmente dejó que sus familiares entraran a verla.

Hannah yacía sobre la cama, aún estaba dormida y parecía estar disfrutando de una paz, pues su hermoso rostro tenía una expresión dulce y calmada.

« La maternidad le había asentado muy bien » Pensó Michael.

Tanto Luke como Michael, habían llenado la habitación de flores y globos. Ambos estaban compitiendo a muerte por el amor de la misma mujer.

— ¿Michael, Luke? — Hannah abrió los ojos y observó cómo los dos hombres se lanzaban miradas cargadas de electricidad.

— ¡Cariño, ya despertaste! — exclamó su madre —. Todos aquí estábamos muy ansiosos por verte. — Melissa había vuelto a sonreír después de la muerte de su hijo.

— Estábamos muy preocupados por ti. — El griego depositó un beso en la frente de su esposa.

— Y estábamos ansiosos por verte, Hannie. — Su rival tomó la mano de Hannah y la acarició. Michael tenía deseos de matarlo allí mismo, pero se contuvo.

— ¡Ya llegué! — anunció Whitney muy emocionada, dejó los regalos que cargaba en sus manos sobre una cómoda frente a la cama de su amiga y corrió a saludarla efusivamente.

Hannah se alegró al verla, pues hacía mucho que no la veía, ya que Whitney había estado trabajado en el exterior.

— ¡Whitney, te extrañé mucho! — dijo abrazándola.

— Yo también y esta vez dudo mucho que nos separemos. — Ambas sonrieron —. ¿Cuándo traerán a Alexis? — preguntó Whitney,

parpadeando de la curiosidad por verla —, porque la pequeña tiene que conocer a su futura tía y madrina. — proclamó y todos en la habitación rieron.

El médico que atendía a la castaña y una enfermera entraron a la habitación, Alexis estaba allí en los brazos de aquella enfermera, quien la entregó a su madre. Era la primera vez que Hannah veía a su hija, puesto que no lo había hecho antes, la pequeña bebé tenía los ojos tan azules como el cielo, justo como los de su padre, tanto sus pestañas como sus cabellos aún eran muy cortos, pero la madre pudo notar un ligero tinte castaño en ellos.

« Al menos sería castaña como ella.» Rio muy en el fondo, pues Dikoudis no había ganado del todo. A pesar que era el vivo retrato de su padre.

Hannah mecía a su hija entre sus brazos, mientras que Michael y Luke no podían dejar de verla embobados. Ambos la amaban y ella tendría que tomar una decisión pronto.

— La niña se parece a mí. — presumió el griego, quien había tomado a su hija de los brazos de su esposa. Michael estaba totalmente enamorado de Alexis y la veía con una ternura que nunca había expresado, hasta unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

Hannah estaba enternecida por la actitud de su aún esposo, nunca lo había visto de tal manera. Sin duda un milagro había llegado a la vida de la familia Monroe, después de la muerte de Terrance, ahora tenían un pequeño ángel que necesitaría de mucho cariño y sobre todo de la unión familiar.

¿Hannah regresaría con el griego por amor a su hija?

¿Volverían a ser la familia que alguna vez fueron?

¿O lo dejaría ir y tomaría la decisión de unirse con Luke en el futuro?

Después que todos los presentes conocieran al nuevo miembro de la familia, una enfermera se llevó a la pequeña Alexis a la incubadora.

Michael y Luke tenían conocimiento que no era el momento indicado, pero tenían que saber qué es lo que ocurriría con ellos. Ambos debían preguntarle a Hannah por cuál de los dos se decidiría.

Sería Luke, su amor de la adolescencia.

O sería Michael, su esposo y con quien terminó casándose por un chantaje, pero a quien llegó a querer.

¿Cómo elegir a uno de ellos? Si ambos eran tan maravillosos, claro, cada uno a su manera.

— Sé que no es el momento apropiado, pues acaba de nacer Alexis, pero es preciso que decidas qué será de ti en el futuro. — El tono de la voz de Luke era suave. Sentía algo de pena por hacerle esa clase de petición a su amada, pero si no lo hacía Michael tomaría ventaja sobre él, y eso nunca.

— Es decir tomar una decisión. — Ambos asintieron, mientras que Whitney y Melissa sintieron que estaban de más en la habitación, así que se retiraron, dejando a los tres en la misma habitación.

— Tienes que decidir si te quedarás con Luke o conmigo. — determinó el griego. Sus ojos azules tenían un brillo inusual, impropio de él, uno que indicaba que temía que su esposa se decidiera por dejarlo de una vez.

¿Realmente eso ocurriría?

— Cual sea la decisión que hayas tomado, Michael y yo la respetaremos. — Hannah asintió.

Quizá había llegado la hora, todo esto debía tener un fin.

— He pensado mucho sobre toda esta situación y he llegado a una decisión, la cual es decisiva. No habrá marcha atrás. — dijo muy calmada, pero convencida de sus palabras —. A ambos les tengo mucho cariño, pero he decidido que lo mejor para mí y mi hija es....

Recuerdos  
(Luke Sanders)

## *Luke*

Amaba todo de ella, cada sonrisa, cada mirada y cada palabra que ella decía. Hannah Monroe, sin duda era una muchacha muy especial, la más linda de todas.

Habíamos sido amigos desde pequeños y cuando éramos niños solíamos jugar al príncipe y a la princesa; yo hacía el papel del príncipe y ella de la princesa; siempre había soñado que ese inocente juego se hiciera realidad. Yo deseaba ser aquel príncipe que la protegiera de cualquier peligro y el que la despertara todos los días con un dulce beso.

Desde hace mucho tiempo que ser sólo el amigo de Hannah no era suficiente para mí, yo quería ser más que eso, me moría por convertirme en su novio *¡Y por qué no convertirme en su esposo algún día!* Aun cuando sabía que no era el único detrás de ella, ya que ella era una muchacha con muchas cualidades. Aunque estaba seguro que ninguno de sus padres, ni su hermano mayor me lo permitirían.

Hannah era tan diferente a ellos, mientras que Terrance y sus padres sólo pensaban en el dinero, ella tenía otros planes en mente y tenía sueños menos codiciosos y avaros, a ella nunca le había interesado el dinero, la conocía perfectamente bien para saberlo.

— ¡Luke! ¿Dónde estás? — oí la dulce voz de mi amada desde el interior de su casa. Yo estaba en el jardín, encargándome de las rosas que ella tanto amaba.

No era jardinero, ni tampoco sabía mucho de plantas, pero lo poco que había aprendido de las flores, lo había hecho solamente por ella, porque sabía lo mucho que le gustaba las flores y el tiempo que les dedicaba.

— Estoy en el jardín, Hannah. — grité para que ella pudiese escucharme.

— Te estuve buscando por todas partes. — corrió hasta el jardín y

suspiró a manera de alivio.

— Estaba en el invernadero, cuidando de tus flores favoritas. — le dije y posteriormente le entregué la rosa de su rosal favorito, ese que tenía un aroma tan especial. Hannah tomó la rosa entre sus manos y la olió, noté lo mucho que disfrutaba su aroma, pues era exquisito.

— Gracias. — repuso —, venía a decirte que partiré hacia el internado y no nos veremos hasta dentro de 4 domingos. — expresó con tristeza, la misma que yo sentía.

Una vez más ella se iba y no volvería esta vez hasta dentro de 1 mes. La extrañaría mucho y pensar que todo esto había ocurrido, porque la madre de Hannah, Melissa, había notado que me había enamorado de su hija y como según ella no le convenía, pensó que lo mejor para alejarla de mí era inscribirla en un internado. Hannah desconocía la razón por la cual su madre la había cambiado de escuela, como también ignoraba que me había enamorado de ella. Ella era tan inocente a veces.

A veces renegaba del hecho que mi padre fuese el administrador de sus tierras en Ohio, pues de lo contrario yo y ella podríamos haber estado juntos sin problemas. Al menos éramos amigos y estudiaba aquí en Chicago, aunque la amistad que teníamos no le era grata a su madre.

— ¿Luke? — Hannah intento llamar mi atención, había notado que estaba distraído —, ¿estás bien? — preguntó —. Te noto un poco distraído...hasta diría que triste.

— No quisiera que te vayas. — confesé con tristeza.

— Yo tampoco quisiera irme, pero no tengo otra opción, más que esperar hasta que me gradúe de ese lugar, ya me falta menos de dos años. — señaló.

No creía que pudiera esperar a que eso ocurriera. Tenía que hacer algo.

— Hannah. — me arrodillé ante ella. Hannah me miraba confundida y tenía un tinte rojizo en sus mejillas, la conocía tan bien para saber que ella estaba apenada.

— Lu...Luke...— intentó apartar la vista de mí.

— Hannah, sabes que te quiero mucho y que no quisiera que te vayas, pero antes que lo hagas quisiera que sepas algo muy importante, algo que desde hace mucho tiempo he querido decirte, pero que no he sido capaz de confesarte.

Ella asintió, a manera de que procediera a decirle todo lo que sentía en ese momento.

— Hannah Monroe, yo te amo más que a mi vida y quiero protegerte por el resto de mis días, ¿me harías el honor de convertirte en mi novia?

Noté que algunas lágrimas se deslizaban por el delicado rostro de Hannah. Ella no dijo ni una palabra, estaba sorprendida, pero al mismo tiempo muy conmovida para hablar.

— ¿Hannah? — la llamé, pero ella permaneció callada —. Entiendo, no soy lo suficientemente bueno para ti. Al menos eso es lo que piensa tu madre. — bajé mi mirada hacia el suelo, no quería que ella me viese derrotado.

— Eso es lo que piensa ella, pero yo creo todo lo contrario, Luke. — Al alzar mi mirada, me sorprendí al verla tan cerca de mí, ella se había inclinado hasta donde yo estaba y tenía mi rostro entre sus manos —. Yo creo que soy yo la que no es suficiente buena para ti, ¿crees que puedas aceptarme así? — sonrió ampliamente.

— Tonterías. — reí —, ¿quieres decir que aceptas ser mi novia? — volví a preguntar, quería asegurarme que había escuchado bien.

Ella asintió y me abrazó fuertemente.

Besé a Hannah por primera vez una tarde de invierno, ella se había convertido en mi novia y estaríamos juntos por siempre. Eso fue lo que creí hasta que un hombre de ojos azules llegó a nuestras vidas para cambiarlas y arrebatarme lo más preciado y hermoso que había conocido, Michael

Dikoudis no me quitaría a Hannah, no se lo permitiría.

## Recuerdos (Michael Dikoudis)

*Michael*

La observaba desde lejos, cómo se comportaba, cómo sonreía y cómo reía de todo lo que él decía. La pequeña castaña estaba acompañada de él, de ese tipo que tenía el nombre de *Luke*, un muchacho de su misma edad, pero diferente a ella; pues ambos eran de distintas clases sociales, pero eso no le importaba a ella y a mí tampoco me habría importado de ser el caso.

Siempre me pregunté qué le había visto a él, era un muchacho común, nada especial, un simple estudiante, pero no era más especial que yo... ¿O lo era?

Había terminado la universidad hace unos cuantos meses con honores, a pesar que nunca quise estudiar negocios, pero me vi obligado a hacerlo cuando mi padre murió y mi madre quedó desprotegida, ella no podría con

toda esa responsabilidad de manejar una gran empresa. Mi deber era ayudarlo como su único hijo que era, aunque confieso que siempre tuve el deseo de convertirme en maestro como ella.

— ¿Es muy linda, verdad? — Mi madre llamó mi atención. Ella había notado cómo la había estado mirando —. Su nombre es Hannah Monroe y la hija menor de los Monroe, ¿la recuerdas? — Y claro que lo hacía, ya que la primera vez que la conocí fue cuando ella tenía 7 años y llevaba unas coletas como peinado y se escondía tras el vestido de su madre.

— Sí, claro que la recuerdo. — contesté, fingiendo no sentir interés en ella.

— Sabía que no la habías olvidado. — Mi madre tenía una gran sonrisa en su rostro, era imposible ocultarle que Hannah me atraía —, ¿Por qué no te acercas y hablas con ella? — sugirió, pero no podía hacerlo, pues no sabía con qué pretexto acercarme.

— No es el momento apropiado. — mentí, mientras que por dentro, moría por hacerlo.

— ¿Y cuándo lo será? — inquirió ella, mi madre no estaba satisfecha con mi actitud. Me tomó de las manos y me regaló una sonrisa cómplice —, esperame aquí, volveré pronto. — se alejó, sin que yo pudiese evitarlo. Sabía lo que haría.

¿Qué le diría? No sabía qué decirle, nunca le había hablado, sólo había cruzado más que dos palabras con ella en toda mi vida; *un hola y un adiós*, pero eso había sucedido cuando ambos éramos niños, es decir hace mucho.

« Gracias, mamá, haré el ridículo ante Hannah. »

Desde lejos observé cómo mi madre y la castaña que había llamado mi atención desde hace mucho tiempo, platicaban amenamente, parecían amigas o incluso mucho más, *cómplices*. Al cabo de unos minutos mi madre regresó, pero no sola, sino acompañada de aquel ángel de cabellos castaños.

— Querida Hannah, permítame presentarte a mi hijo. — musitó, sin dejar de sonreír —. Su nombre es Michael y acaba de graduarse de la misma universidad en la que quieres estudiar.

La castaña sólo atinó a sonreírme con nobleza. Su sonrisa era hermosa, propia de un ángel.

— Mucho gusto en conocerte, Hannah. — tomé su mano y la besé.

— El gusto es mío, Michael. — aceptó con timidez mi gesto.

Mi madre observaba la escena muy entretenida. Ninguno de los dos sabíamos lo que tenía en mente.

— Parece que ustedes se llevarán muy bien. — comentó con cierta alegría que podía contagiar a cualquiera —, Michael, cuida de Hannah. Los veré luego. — se alejó de nosotros sin otorgarnos la oportunidad de actuar.

No sabía qué decirle y al juzgar por su expresión, tampoco ella sabía qué decirme.

— Escuché que piensas asistir a la misma universidad en la que estudié — De alguna manera tenía que romper el hielo.

— Así es. — contestó ella, aún con cierta timidez —. Lo haré cuando termine la escuela.

— Escuché que deseas estudiar literatura. — Ella me miró sorprendida.

— Sí, creo que es una hermosa carrera. — respondió con un cierto tinte rojizo en sus mejillas.

— ¿Y por qué te decidiste por literatura? — pregunté muy curioso.

— Verás, desde muy pequeña me han gustado toda clase de libros. — explicó ella —. Me encantaría poder crear historias y algún día trabajar en una editorial. Además...— Yo me perdía en sus palabras,

todo en ella era dulce y encantador.

Ni en un millón de años habría imaginado que años después compartiría mi vida con ella y menos que tendría como rival a aquel jardinero, a quien ella solía llamar su *mejor amigo*.

# Recuerdos (Hannah Monroe)

*Hannah*

Luke había sido un gran amigo desde que su padre empezó a trabajar para el mío. Desde la primera vez que nos conocimos, nos llevamos bien. Solíamos jugar mucho cuando éramos pequeños, aunque a mi madre y hermano no les agradaba la relación que ambos sosteníamos, la que en aquel momento sólo se trataba de una amistad.

Conforme fueron pasando los años, Luke y yo fuimos creciendo, él se había convertido en un joven alto y muy apuesto; mientras que yo tan sólo había crecido unos centímetros, en realidad unos 5 o 6, era una especie de enana, como el antipático de mi hermano mayor, Terrance solía llamarme.

Desde hace un tiempo había notado que no sólo era simpatía lo que sentía por Luke, ni mucho menos se trataba de un cariño de amigos o de hermanos; se trataba de amor, me había enamorado de él sin darme cuenta. ¿Cómo podría haberlo evitado? — De haberlo querido o si hubiese sido posible hacerlo — Si Luke era un muchacho excepcional, era noble, estudioso, divertido y muy respetuoso. Era el partido perfecto para cualquiera, el príncipe azul con el que toda adolescente de mi edad en ese tiempo soñaba. Además, de ser el chico ideal que todo padre deseaba para su hija, claro, que todas esas cualidades que Luke tenía poco les importaba a mis padres. Para ellos, él simplemente era Luke Sanders, el hijo del hombre que administraba sus tierras en Ohio. Sin embargo, para mí, él era mucho más que tan sólo eso.

Hasta aquel momento, me conformaba con ser su mejor amiga y creí que las cosas se quedarían así, hasta que llegó el día que supe de los verdaderos sentimientos de Luke, él me amaba tanto como yo a él. Era una lástima que tendríamos que limitar nuestra relación a sólo vernos cada 4 domingos, pues sí, me habían informado que iría a un internado minutos antes que Luke me hiciera su confesión.

*¡Qué mala suerte!* Pero conocía el hecho que todo esto había sido planeado por mi madre para que ambos no pasáramos más tiempo juntos, ya que sus más temidas pesadillas estaban a punto de volverse realidad, al parecer Terrance se había encargado de llenarle la cabeza de intrigas.

El tiempo pasó y Luke y yo parecíamos acercarnos cada vez más, pero como toda relación, esta llegó a su fin. Las intrigas de Terrance, los regaños de mis padres terminaron por dar fin a algo que era tan lindo, pero que duró tan poco.

La historia con Michael fue totalmente diferente, si bien lo vi una sola vez cuando era pequeña, recién llegué a conocerlo en una fiesta donde su madre nos presentó a ambos. Fue allí cuando supe que había estudiado en la misma universidad a la que yo pensaba asistir y que pronto se encargaría de administrar la empresa de su familia.

Michael Dikoudis nunca fue objeto de mi devoción, es más, que cuando lo conocí esa noche, pensé que era frío, distante y un poco arrogante e incluso seguí pensando de la misma forma hasta después de haberlo conocido más y tener un poco más de dos años de relación con él, nuestro compromiso no había cambiado mi manera de pensar en lo absoluto. Me sentí obligada a casarme con él, cuando Terrance se vio involucrado en los asuntos de fraude y no me quedó más opción que casarme con él y evitar que mis padres vieran a su hijo favorito caer más bajo. Lástima que no pude cumplir con mi promesa de matrimonio y terminé por abandonarlo minutos antes de que la boda se llevara a cabo y teniendo en mente que Michael no me lo perdonaría o eso fue lo que creí hasta que la versión seráfica de Zeus, es decir Michael, volvió a aparecer en mi vida, sorprendiéndome en España y queriendo recuperar lo que según él había perdido. Lo que nunca imaginé es que Dikoudis fuera capaz de perdonar la humillación que le había hecho, ni mucho menos que lograra enamorarme de tal forma, que pudiese olvidar

completamente el amor que alguna vez le tuve a Luke.

Tiempo después los planes de boda se reanudaron y nos casamos, Terrance salió de la cárcel y prometió enderezar su vida, pero sus promesas quedaron en el aire; puesto que sus adicciones al juego, la bebida, las drogas y las mujeres nunca desaparecieron y sólo lo hundirían más.

— "*¿Me perdonas?*" — Tenía la mirada apagada y fue la primera vez que escuché a mi hermano pedirme perdón, pues nunca lo había hecho antes. Sabía que se había arrepentido de verdad.

Nunca imaginé que esa sería la última vez que lo vería con vida. Todo cambió y todos cambiamos desde esa vez.

Michael y yo tuvimos problemas, pero que llegamos a solucionar, hasta llegamos a tener una hija, a quien le puso como nombre Alexis y que sin predecir el futuro llegó a tener dos hermanos más.

El tiempo pasó y nuestra hija mayor se casó y el día de su boda casi comete el mismo error que yo cometí en el pasado, el de huir el mismo día de la boda, pero que afortunadamente no llegó a repetirse, aunque ese mismo día Michael y yo nos vimos obligados a revelar un secreto que ambos guardábamos celosamente; el de un escape casi perfecto, el cual nos unió a ambos toda una vida.

¿Quién lo habría imaginado?

La historia de una novia fugitiva que esta vez *no terminó* en tragedia.

## Epílogo

## 23 años después

Era una bella tarde de verano, las olas iban y venían, ya que todos ellos se encontraban en la playa. Los invitados esperaban que la ceremonia se llevara a cabo, un arco de flores adornaba el lugar, sólo faltaba que la novia arribara al altar, pues el novio ya estaba allí, esperando nervioso a que ella llegara.

— ¿Qué ocurriría si no llego a casarme? — preguntó la muchacha de cabellos oscuros y ojos tan azules como el cielo. Estaba nerviosa y eso bastaba para arruinar cualquier matrimonio y para que cualquier novia decidiera huir —. ¿Crees que Chris me perdone si huyo y lo dejo el día de nuestra boda? — La madre de la joven rio, no pudo evitarlo, pues hace unos años ella había hecho lo que su hija estaba pensando en hacer.

La novia observó confundida a su madre, pero no dejó de sujetar su mano.

— Parece que la historia quiere repetirse, — recordó Hannah con un poco de diversión —, la única diferencia es que yo no pensé las cosas y salí huyendo. Afortunadamente tu padre me perdonó. — rio con ternura, Hannah depositó un beso en la frente de su hija y le dijo: —. Sabes que no quieres hacerlo, tú amas a Chris y él a ti, así que ve, no dejes que espere más. — la alentó y la muchacha asintió con alegría.

Sin más dudas de por medio, la muchacha llegó al altar y se unió junto a su prometido, después de una ceremonia linda y corta, se convirtió en una mujer casada.

Durante toda la ceremonia, Michael Dikoudis, sí el mismo griego que había sido abandonado por su prometida el mismo día de su boda, era el padre de la muchacha que había dado el sí, el mismo que no había podido contener sus lágrimas al ver a su pequeña Alexis casarse. Por muy irónico que pareciese, Michael se opuso a que su hija mayor y a quien consideraba la niña de su ojos se casara tan joven, Alexis tan sólo tenía 23 años.

— Se supone que no debía casarse hasta los 40. — susurró Michael,

mientras los invitados aplaudían a la pareja.

— ¿40? — rio Hannah que no dejaba de ver a su esposo como un padre celoso a punto de dejar viuda a su hija recién casada —. ¡Qué celoso y exagerado eres, Dikoudis! Pero así llegaste a hechizarme.

— ¿Celoso yo? — cuestionó, sin apartar los ojos de su hija —. Si ese hombre le hace algo a mi princesa, será hombre muerto. Y desde ya te dejo en claro que Adrienne no se casará hasta que yo cumpla 80 años. — resopló, era claro que se trataba de una broma, ¿no?

— Exagerado. — musitó la castaña con una sonrisa.

— No soy un exagerado, — se defendió —, son mis hijas y no quiero que las alejen de mí. — explicó —. Debí haber enviado a Alexis a ese viaje a África cuando me lo pidió, pero no conté con que apenas ella terminara la universidad se casaría... ¡Es tan injusto! — expresó con pesar —, me habría encantado disfrutar más de mi hija.

Su esposo rodó los ojos, pues le causaba gracia lo que marido había dicho.

— Nadie las está alejando de ti, Dikoudis, son tus hijas y siempre estarán allí para ti. No dramáticas. — rio —. Además, gracias a tu persistencia, Alexis y Chris vivirán a unas cuantas casas de nosotros, ¿ya puedes estar feliz ahora?

— No. — respondió el griego con un puchero, en realidad estaba feliz con el hecho que su hija mayor viviera cerca de ellos, pero sólo había respondido así para molestar a su esposa.

— Lo que tú digas, — dijo Hannah —, pero no sé si puedas evitar que tu hija menor tenga novio y se case algún día. — mencionó la castaña con picardía.

Michael abrió los ojos como platos.

— Ella no puede tener novio, sólo tiene 16, aún no tiene la edad adecuada. — Los ojos azules de Michael se oscurecieron y Hannah esbozó una gran sonrisa.

— ¿Y cuál es la edad adecuada para ti? — le preguntó.

— A los 40 o quizás a los 50. — Él tenía que estar bromeando.

— Claro, Michael, nuestra hija tendrá novio a los 50. — Las palabras del griego eran inevitablemente divertidas.

— Haré una excepción, si tú me lo pides, querida. — Michael sonrió ampliamente y depositó un beso en los labios de su esposa.

— Lo harás, estoy muy segura. — sonrió muy complacida.

— ¿Y dónde está John? — preguntó el griego, pues al inquieto niño no se le veía por ninguna parte.

— Quizá esté jugando con los hijos de Whitney o los de Luke.

— ¿O quizá está solamente con la hija de Whitney? — insinuó él, pues sabía que Hannah tenía una especie de debilidad con su hijo —. Quizá nuestro pequeño esté buscando una novia desde ya. — Cómo disfrutaba molestar a su esposa.

— Muy gracioso, Dikoudis, pero John no tendrá novia hasta dentro de un largo tiempo, ya que sólo tiene 10 años. — murmuró —. Además, él nunca dejaría a su madre.

— ¡Y dices que yo soy el celoso! — rio.

Durante los 24 años de matrimonio que Michael y Hannah tenían, ellos habían tenido 3 hijos; Alexis, la mayor y la luz de los ojos de su padre. Ella

era una muchacha de 23 años, de cabellos oscuros, casi del color del café, sus ojos eran de color azul como los de su padre. Adrienne, su segunda hija tenía 16 años y también se parecía a su padre, pero algunas facciones eran muy parecidas a las de Hannah, sus ojos también eran de color azul como los de su hermana. John, el menor y único varón de la familia, era el retrato de su madre; un pequeño castaño de ojos verdes y quien hasta tenía el mismo carácter que el de ella y además era el más apegado a la castaña.

La vida de Hannah y Michael había sido fantástica desde que ella decidió darle una oportunidad y permanecer a su lado para siempre. Hannah seguía siendo la misma castaña idealista de ojos verdes y de dulce mirada, los años no habían pasado por ella, pues seguía tan bella y radiante como siempre y bueno los años sólo habían hecho que Michael se vuelva más sabio y más guapo. Ambos habían decidido tomar un camino juntos y no se separarían jamás.

¿Y qué había pasado con todos esos personajes que pasaron por la vida de Hannah Monroe?

¡Vaya qué la vida estaba llena de sorpresas!

Luke, que había sido novio de Hannah en el pasado, llegó a casarse con la linda María, la amiga que conoció en España y con la cual tenía dos hijos ahora. Actualmente, Michael y él estaban en buenos términos y hasta sus hijos que aún eran pequeños eran amigos del pequeño John.

Whitney también se había casado y con el mismísimo escritor ermitaño Miguel Roldán, al parecer los coqueteos que ambos tuvieron en la boda de Hannah años atrás habían rendido sus frutos. Tanto Whitney como Miguel se casaron dos años después que Alexis naciera, sorprendiendo a todos y sobre todo a Hannah, la pareja tuvo 3 hijos y todos eran tan divertidos y vibrantes como su madre.

Melissa, la madre de Hannah ya había superado la muerte de su hijo, pues tenía muchos motivos para hacerlo, sus nietos y su hija. La madre de Michael había sido la más feliz desde que su hijo se casó con la linda castaña, pues llegó a tener más niños en casa como siempre lo deseó.

— Mamá, Alexis ya va a lanzar el bouquet. — anunció Adrienne muy emocionada. Emoción que a Michael no le agradaba.

— Entonces vayamos, cariño. — Hannah tomó el brazo de su hija para acompañarla.

— ¿A dónde crees que vas, Adrienne? — La muchacha lo vio confundida —. Tú estás muy joven para casarte, así que no irás. — sentenció.

— Mamá, parece que papá ya empezó con sus celos. — Adrienne hizo un puchero a manera de queja. Hannah sabía que Michael haría una cosa como tal.

— Michael, ya vas a empezar. — Él rodó los ojos y después se acercó a él para convencerlo de lo contrario con un beso.

Y voilà lo había logrado.

— De acuerdo, vayan, pero tu madre y yo acordamos que no te casarás hasta que yo tenga 80 años. — Él estaba bromeando y ambas lo sabían.

— Claro, papá. — Adrienne depositó un beso en la mejilla de su padre y lo abrazó fuertemente. Michael esbozó una sonrisa tonta, pero típica de un padre que moría por su hija.

Alexis se encontraba al lado de su ahora esposo, ella se separó unos cuantos centímetros de él y se preparó para lanzar el bouquet. El primer intento fue para confundir a todas las muchachas presentes, el segundo para ver sus expresiones y finalmente al tercer intento lo lanzó. Según la tradición, la muchacha que haya logrado atrapar el ramo de la novia, sería la próxima en casarse y la afortunada que había logrado atraparlo en esta ocasión fue *Adrienne*, su hermana, para el pesar del griego.

— ¡Vaya, vaya! — dijo Hannah con una amplia sonrisa —. Parece que nuestra pequeña Adrienne será la próxima en casarse. — Michael tenía una expresión muy divertida en el rostro.

— ¡Atrapé el bouquet, mamá! — exclamó la muchacha con una linda sonrisa como las que solía esbozar su madre.

— Parece que Adrienne se casará pronto. — celebró su hermana mayor.

— Pero si es muy joven aún. — mencionó Chris, el esposo de su hermana.

— Así es, ella es muy joven. — concordó con su yerno, sin dejar de fruncir el ceño.

— Quizás por ahora no, pero quizás en un futuro cercano. — animó la castaña a su hija.

— Absolutamente no. — negó Michael.

— ¡Vamos! Algún día tendrá que casarse. — comentó Hannah muy sonriente.

— No te preocupes, papá, no me casaré hasta que cumplas 80. — le guiñó el ojo a su padre.

— Esa es mi hija. — Michael sonrió ampliamente y también Hannah.

Todos estaban muy divertidos con los celos de Michael y la respuesta de su hija. Ambos eran tal para cual.

*De tal padre, tal hija.*

— ¿Y también pensarás dejar al novio en el altar? — preguntó su hermana mayor como a manera de broma —, es casi una tradición en la familia, Adrienne.

— ¿Bromeas, no? — cuestionó Chris.

— Para nada, — respondió Alexis divertida —, ¿verdad, mamá?

Hannah y Michael cruzaron miradas recordando la historia que habían tenido juntos, sus miradas eran de cómplices.

— Pues es una historia muy peculiar, la historia de un escape casi perfecto, ¿no es así, Hannah? — Michael abrazó más fuerte a su esposa, mientras esperaba que ella contara la historia.

— Todo empezó cuando Michael y yo...

Hannah estaba a punto de contar la historia que la unió al griego, la misma que la había llenado de alegría durante todos estos años.

24 años de retos que habían tenido que superar y sobre todo, años de felicidad, la cual duraría para el resto de sus vidas juntos, como siempre lo habían estado desde que decidieron unir sus vidas tras un escape casi perfecto.

**Fin**

Historia terminada el 30 de junio del 2016.

Historias de la serie *Novias fugitivas*

Primera historia, *Un escape casi perfecto* (2015)

Segunda historia, *La novia de Texas* (2016)

Tercera y última, *The wedding planner* (2017)

**Pamela Palma Mendoza**

# La novia de Texas

Una nueva historia de una novia fugitiva ha comenzado. El pueblo de St. Ives será testigo de un emocionante y cautivador relato, en el cual la pasión, traición y el amor serán los protagonistas.

El verano ha llegado a Dallas, Texas y con la llegada de un nuevo casanova al pueblo, las cosas están por salirse de control; para bien o para *mal*.

*Un escape casi perfecto*  
Copyright © 2015